





# Toda una vida sin ti

Acto 1º

La traductora de árabe

J. Alfredo Díaz García



Siete capítulos de vista previa para evaluación

©Copyright 2017 Jesús Alfredo Díaz García

©Toda una vida sin ti.

©Tomo I: La traductora de árabe.

All rights reserved.

ISBN:

Diseño de portada: J. Alfredo Díaz G.

Realización artística: J. Alfredo Díaz G.

J.Alfredo.Diaz.Garcia@gmail.com

www.alfredodiazgarcia.com

Los hechos narrados en esta obra, inclusive el nombre del buque de crucero y la naviera, son totalmente irreales, fruto de la imaginación del autor. Cualquier similitud o coincidencia con personas de igual nombre y con posibles situaciones reales será simple coincidencia.

Queda prohibida, salvo para citas y cualquier excepción prevista en la ley, toda forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra, sin contar con la autorización expresa del titular de la propiedad intelectual. La contravención de los derechos señalados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

jad\_01-1802

*Nos faltó tiempo,  
tiempo y espacio  
para desarrollar la inmensidad de nuestro amor.  
Mas con otro tiempo y otro espacio,  
otra vez y en otra vida,  
tendremos nuevamente nuestro tiempo y nuestro espacio  
para amarnos más,  
mucho mas,  
vida mía*





# Índice

Nombres de los personajes de este tomo	11
Plano del buque Regina Maris	13
CAPÍTULO 1	15
Una fiesta editorial	
CAPÍTULO 2	27
Una novela interesante y un autor misterioso	
CAPÍTULO 3	47
Acercándose un poco y planeando un viaje	
CAPÍTULO 4	61
De mujer a mujer	
CAPÍTULO 5	79
Una mujer necesitada de consuelo	
CAPÍTULO 6	91
Una peculiar agencia de viajes	
CAPÍTULO 7	107
Un deseo y una enseñanza oculta	



## Nombres de los personajes de este tomo

Adolfo Monterrubio Narganes (54): Protagonista masculino.

Selene Catalina Zamorano Vega (38): Protagonista femenina.

Nota: Se han omitido los nombres de los personajes en esta vista previa.



## Plano del buque Regina Maris

Como habrás leído en la sinopsis de la obra, las tres cuartas partes de este tomo transcurren en un buque de crucero por el Mediterráneo, por lo que a partir del Capítulo 13 hay muchas referencias a cubiertas, bares, restaurantes, piscinas, camarotes y demás ubicaciones usuales en estos casos.

Yo he sido capitán de la marina y también he navegado como pasajero en varios cruceros, por lo que tenía bastante clara la distribución de este que diseñé a la medida de mis necesidades y conveniencias. No quise utilizar un buque existente de ninguna naviera, que hubiera sido lo más sencillo.

Sin embargo, intentar retener tantos datos en la memoria, junto con la visualización espacial, terminó por resultar sumamente difícil y los personajes, en ocasiones, bajaban a cubiertas a las que deberían de subir y así andábamos; por lo que asumo que será mucho más complicado para el lector que jamás ha pisado un buque. Fue por eso por lo que me vi en la necesidad de diseñar, en un esquema de corte longitudinal por estribor, un buque de crucero con aquello que yo iba a necesitar en la novela. No ganará un premio de diseño naval, pero cumple con su función.

Colocarlo aquí en una imagen para ser vista en una página e incluso a doble página, es inútil porque casi no se logra leer y se pierden los detalles y, además, tendría que ser en blanco y negro. Es por ello por lo que en mi página web está disponible el plano a color que yo diseñé, y que puede ser descargado en formato de PDF de alta resolución. Si lo imprimes podrás mantenerlo dentro del libro con toda comodidad.



# CAPÍTULO 1

## Una fiesta editorial

Adriana Alfaro, la elegante y rubia directora editorial ejecutiva, quien estaba a dos calendarios de cumplir los cuarenta años, entró en el salón de fiestas acompañada por un hombre bien trajeado, que ya mediaba los cincuenta.

La cena que la Editorial Terra Nova daba en Barcelona, ese sábado diez de diciembre con motivo de las navidades, más que nada era una oportunidad para que el personal compartiera con los autores a quienes publicaba. De esa manera se estrechaban un poco más los vínculos entre cada uno.

Muy sonrientes los dos, se dirigieron hacia un grupo compuesto por ocho personas vestidas de cóctel, quienes con el vaso o copa en la mano, como accesorio social indispensable, departían de manera bastante animada. Adriana anunció:

—Mirad a quién tenemos aquí.

Enrique Santander, quien con sus sesenta y nueve años era el escritor de más edad que tenía la editorial, saltó:

—¿Cómo va a ser? Si apareció el ermitaño.

Fernando Lozano, otro escritor, dijo en tono burlón:

—Pero si es el mismísimo Adolfo Monterrubio Narganes, y llega sin golpes de bastón ni fanfarrias.

Este saludó:

—Buenas noches a todos, muchas gracias por vuestros aplausos y entusiasmo: los echaba de menos.

La escritora Magdalena Cimadevilla le dijo:

—Adolfo, dichosos los ojos. Te vendes bien caro. —Le dio un par de besos y preguntó—: ¿Por cuánto nos va a salir este desacostumbrado y esquivo placer?

—Magdalena, querida, en tu caso dependerá de hasta dónde estés tú dispuesta a pagar. Aunque podríamos regatearlo.

La sonrisa de ella dijo mucho, quizás más de lo que hubiera deseado en ese momento.

—¿Qué te ha hecho salir de tu cueva? —preguntó Enrique.

—Esta noche no había nada bueno que ver en la televisión y necesitaba unos tragos.

Algunos se rieron y Magdalena dijo:

—Eso no te lo va a creer nadie que te conozca.

—En ese caso serán muchísimos más quienes se lo creerán.

Adriana, que no podía ocultar que rebosaba de alegría, aclaró:

—Se sintió aburrido en Madrid y decidió acercarse un momento hasta aquí. Adolfo, ya conoces a Roberto Tordesillas, nuestro jefe de relaciones públicas y atención al cliente, y a Mateu Doménech el administrador.

—¿Qué tal van las cosas? —preguntó Adolfo estrechando las manos de ambos hombres.

—Cada vez mejor, no nos podemos quejar —dijo Mateu.

Adriana siguió presentando:

—Ella es Victoria Beatriz Parralejo, nuestra última adquisición. Con sus veintiocho años es nuestra escritora de novelas románticas históricas más joven y prometedora.

Adolfo estrechó la mano de la sonriente mujer.

—Bienvenida a la familia Terra Nova.

Ella, que no le había quitado ojo, respondió:

—Es todo un placer conocerte al fin, Adolfo. Tenía muchas ganas de echarle la vista encima al top ventas de la editorial, la pluma de oro con el toque de Midas, que convierte cada novela en un éxito de ventas mundial. He tenido que conformarme con tus fotografías. Eres más alto de lo que me imaginé. Por lo que



tengo entendido, también eres tan socialmente esquivo como una pantera negra en medio de la jungla del Amazonas.

Él dijo, devolviéndole la sonrisa:

—No lo creas, Victoria, esas son las malas lenguas. Todo depende de quién me esté buscando y para qué. Es probable que a Enrique y a Fernando no les respondiese la llamada. Para ti siempre estaré disponible para salir a tomar un café o una caña y charlar un rato.

Enrique dijo:

—Si será él, ¿eh? ¿Por qué a mí no?

—Un motivo es porque eres hombre y, si puedo elegir, yo prefiero salir con mujeres. De los hombres ya lo sé todo. Las mujeres, sin embargo, me siguen resultando un interesante misterio muy atractivo y agradable que intento resolver. —Ellas rieron—. El otro motivo es que no tengo ganas de aguantar el olor de tus apestosos habanos. —Ahora ellos soltaron la carcajada—. Si fumaras en pipa con picadura aromática sería otra cosa, y quizás incluso podría aguantar escucharte hablar de fútbol y de toros.

Llegó un camarero ofreciendo canapés y algunos fueron agarrando. Vino otro que traía una bandeja con copas y vasos con diferentes bebidas, y Magdalena y Roberto cambiaron los suyos. Adolfo señaló una larga copa con un líquido espumoso de color ámbar y preguntó:

—¿Qué es?

—Cava —dijo el camarero.

—Perfecto, gracias —dijo Adolfo agarrando la copa.

Adriana continuó con las presentaciones:

—Esta joven periodista descarada y sonriente es Clarisa Isabel Méndez, tiene veintitrés años metidos no sé donde, porque no los aparenta. Es nuestra becaria y diligente *fa tutto*, que también promete y me parece que se va a quedar con nosotros.

—Hola, Clarisa —saludó él dándole la mano también.

—Mucho gusto, señor Monterrubio —dijo ella.

—Adolfo, por favor; no faltaba más —le pidió él.

—Gracias.

Fernando Lozano, que estaba a continuación, dijo:

—A diferencia de Enrique, yo no te preguntaré por qué a mí no me responderías la llamada ni me aceptarías una invitación. No quiero que me salgas con una de las tuyas.

—Haces muy bien —dijo él y los otros rieron—. Ya veo que no aguantas la tentación de estar entre dos mujeres hermosas.

Clarisa sonrió de forma deslumbrante sintiéndose halagada. Fernando dijo:

—Ahora yo digo como tú: prefiero estar entre dos bellas mujeres que junto a un hombre, sobre todo si eres tú.

Los otros volvieron a reír. La última persona del grupo, quien estaba a la derecha de Fernando, era la única que no había sonreído ni una sola vez y estaba muy seria. Era una mujer de piel bastante blanca y denso cabello corto, de un castaño muy claro entremezclado con mechones rubios de diversos tonos. Iba de camino a los cuarenta, que aún no se vislumbraban en el horizonte porque había una parada anterior. Adriana la presentó:

—Ella es Selene. Selene Catalina Zamorano Vega, la más nueva de la plantilla y nuestra excelente traductora de árabe, de inglés y francés. También habla italiano y turco.

Así como casi de inmediato y sin que sepamos el motivo, en un grupo de personas se nos va la vista hacia una en particular, en cuanto Adolfo entró la había visto y evitó mirarla. Ahora su cara quedó tan seria como lo estaba la de ella. Los ojos de ambos sostuvieron las miradas y ninguno estiró la mano. Fueron unos cuantos segundos eternos, que transcurrieron en medio de la extrañeza de los demás. Finalmente, él le dijo:

—Me complace mucho ver que sigues bien.

La tensión entre ambos fue muy clara para todos. Magdalena, que no había perdido detalle, rompió aquello al preguntarle a Adolfo:

—¿Cuándo llegaste?

—Esta tarde. Tuve tiempo para registrarme en el hotel, darme un duchazo, cambiarme y venir.

—¿En un hotel, dices? —Le dio una mirada a Adriana—. Bueno, espero que no salgas corriendo mañana mismo de vuelta para Madrid.

—Ya que estoy aquí me quedaré durante algunos días. Tengo unas cuantas cosas que resolver con Adriana, con respecto a mi próxima novela, y que no son para tratar por teléfono.

—¡Ah! ¿Pero tienes teléfono y sabes cómo usarlo? —preguntó Fernando Lozano, siempre punzante.

Adolfo sonrió como los otros y Magdalena le preguntó:

—¿Qué más piensas hacer?

—Fuera de eso con Adriana no tengo nada previsto. Me está haciendo falta el mar.

Roberto dijo:

—Pues mala época elegiste, a menos que seas noruego o danés y no te importe bañarte en el agua helada.

—No es eso lo que yo busco en este momento, sino su aroma salitroso y la vista de las olas y el horizonte lejano. Estoy cansado de edificios y de autos. Si no fuera porque tengo delante al parque del Retiro ya habría escapado de Madrid corriendo.

—¿Para dónde hubieras escapado? —le preguntó Victoria.

—Seguro que para el Mediterráneo. A la encantadora Tarragona o algo más al sur, quizás para Benicarló o Peñíscola.

Magdalena dijo:

—Eso sería magnífico porque te tendríamos más cerca.

Victoria añadió de inmediato y con su mejor sonrisa:

—Yo tengo en Benicarló un apartamento frente al mar, con la playa delante y justo al lado de la marina, por si te apetece el próximo verano. Aunque ahora en invierno no se esta nada mal y resulta muy tranquilo, ideal para la intimidad, olvidarse del mundo y relajarse bien. Resulta excelente para escribir.

—Victoria, esa es una oferta muy tentadora y difícilmente resistible. El invierno no me atrae. Junto al mar siempre es más deseable la luminosidad y calidez del verano.

—Pues avísame porque mantendré caliente el motor de la lancha, la cerveza fría y el tinto del tiempo —dijo ella.

Adolfo le devolvió la misma sonrisa de picardía.

—Eso lo tendré muy en cuenta. Es la mejor oferta que he tenido. Aunque de aquí allá hay tanto trecho que... Por los momentos y ya que estoy aquí, yo creo que me daré unas vueltas gastronómicas por las marisquerías de la Barceloneta y por ahí.

—Magnífico. ¿Todavía sigues con tu afición por las sardinas a la plancha? —preguntó Magdalena.

—Es un vicio para el que no hay cura.

—Creo que ya son más de seis meses que no te veo y es mucho lo que tenemos que hablar. Me parece que quizás Adriana no tenga tiempo de acompañarte en estos días —dijo dándole una larga mirada a ella—. De modo que, casi a orilla de playa, conozco unas excelentes marisquerías con vista al mar, que también preparan unas sardinas inigualables con unos vinos del Penedés nada desdeñables —dijo Magdalena con actitud pícaro.

Adolfo, con similar actitud, le dijo:

—Magdalena, así como a un buen traje lo hacen los detalles, en la vida hay placeres sencillos a los que yo no me podré negar. No necesito champán, caviar, angulas, langosta ni cangrejos gigantes del mar de Bering. Unas sardinas a la plancha y, si acaso, algunos mariscos; acompañado todo con pimientos fritos italianos o los Pimientos de Padrón, buen vino y la compañía de una mujer hermosa y de conversación inteligente, es algo que yo jamás rechazaré.

—Tú sí que sabes vivir la vida —dijo Enrique Santander.

—Hay una sola cosa más que yo le podría agregar a esa combinación para que fuese la suma de la perfección —dijo Adolfo.

—¿Qué cosa? —preguntó Victoria.

Adolfo sonrió. Sus ojos parecieron recorrer por igual aquellos rostros en los que estaba bien clara la curiosidad, sobre todo en los femeninos; excepto en uno que seguía con el ceño fruncido y la clara mirada torva, quizás más que al principio. Él dijo:

—Ese es uno de los secretos que prefiero guardar.

—¿Sí? ¿Dónde es que te caben tantos? —preguntó Adriana.

—Eso mismo me pregunto yo —dijo Magdalena y agregó con toda intención—: Aunque espero que entre sardina y sardina y entre vino y vino, yo pueda tener la dicha de averiguar cuál es ese detalle que te falta en esa combinación de placeres.

Él sonrió y no dijo nada. Enrique Santander le informó:

—El martes que viene se realizará la presentación de mi última novela. ¿Lo sabías?

—No, no estaba enterado. Pues allí estaré sin falta, te lo aseguro —dijo Adolfo.

—Te lo agradeceré. Aunque, pensándolo bien, no sé si tu presencia me restará protagonismo.

—Tú tranquilo, me vestiré de beduino y no saludaré a nadie.

Adriana lo agarró por un brazo y les dijo a los otros:

—Disculpadnos, vamos a saludar a los demás, que si yo no lo llevo...

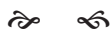
Magdalena se agarró al otro brazo de él y dijo:

—Os acompaño.

Clarisa, que como periodista y como mujer había quedado intrigada, le preguntó a Selene:

—¿Lo conocías?

Ella, todavía con el rostro serio y aspecto malhumorado, se llevó el largo vaso a la boca y no dijo nada. Sus ojos fueron siguiendo al trío, que se detuvo junto a otro grupillo de personas.



Adolfo, Magdalena Cimadevilla y Victoria Parralejo estaban conversando en la amplia terraza del salón de fiestas, mientras estas fumaban un cigarrillo. El administrador salió hablando

muy animado con Selene, quien perdió la sonrisa cuando vio allí a Adolfo. Los dos se fueron hacia el otro lado de la terraza.

—¿Desde cuándo conoces a Selene? —pregunto Magdalena.

—Yo tenía unos tres años que no la veía. La conocí durante poco tiempo —dijo Adolfo.

—¿Qué pasó ahí?

—¿De qué?

—¿Por qué terminó mal?

—¿Qué cosa terminó mal? —preguntó él.

—Estos hombres —le dijo Magdalena a Victoria.

—Eso digo yo. Más claro no pudo estar.

—Lo que sea que hubo, hombre, lo que sea que hubo entre vosotros —dijo Magdalena.

—No hubo nada —dijo Adolfo.

—¿No?

—Teníamos apenas una pequeña amistad ocasional, que se originó motivada por mi interés en algunos temas árabes y musulmanes. Jamás salí con ella ni siquiera a tomar una taza de chocolate en invierno.

Victoria preguntó:

—¿Y de qué te ganaste esa animadversión tan fuerte por parte de ella? Yo estoy segura de que no es gratuita ni fue por olvidarte de su cumpleaños.

—Eso no lo sé —dijo Adolfo.

—¿Cómo no lo vas a saber, hombre?

—Éramos tan solo conocidos, como os digo.

—¿Conocidos nada más? ¿Eso pensabas tú? En ese caso me parece que estabas perdido o mirando para otra parte.

—Eso me parece a mí también —dijo Magdalena.

Llegó Josefina Hernández, la jefa de ventas, que había ido a buscar una bebida, y anunció:

—La cena se servirá de un momento a otro. Menos mal, porque tengo hambre a pesar de todo lo que he picoteado.

Adolfo aprovechó aquello para hacerle una pregunta, dirigir la conversación hacia otro lado y cambiar el tema personal. Poco después llegaron Adriana y Ernesto Larrañaga, quien era el director general, y se unieron al grupo. Adriana abandonó la terraza un rato más tarde.

Selene no era mucho lo que estaba escuchando a Mateu y era menos todavía lo que ella le decía, apenas algún monosílabo asertivo y casi automático. Él, hablador por excelencia, no parecía darse cuenta de la poca atención que le prestaba su interlocutora y llevaba la conversación en solitario. Ella estaba más pendiente de Adolfo y las risas de los otros, particularmente las de Magdalena y de Victoria. Trató de aguantar el tipo, mas llegó un momento en que no pudo seguir allí ni soportar la cháchara del otro.

—Discúlpame, Mateu, está más frío de lo que pensé, me estoy sintiendo un poco indispuesta y necesito ir al tocador.

—Por supuesto. ¿Necesitas algo?

Ella marchó apresurada y sin responderle.



En los amplios servicios de damas, ella se colocó ante uno de los lavamanos empotrados en el largo mesón, y se miró en el espejo que corría a todo lo ancho de la pared. Sus claros ojos estaban aguados y un par de lágrimas se le deslizaban por las mejillas. Golpeó con ambas manos sobre el mesón y dijo con rabia contenida:

—¿Por qué?

»¿Por qué tenía que encontrármelo ahora?

»¿Por qué, si yo estaba tan tranquila?

»¿Por qué tuvo que aparecer? —dijo golpeando de nuevo.

»Ya veo que las mujeres no te faltan, condenado. Tan formal que parecías.

En la parte de atrás sonó el bajar del agua en un inodoro. Adriana salió de uno de los servicios, se acercó a los lavamanos

y se colocó al lado de Selene. Sacó su barra de labios, se retocó un poco y comentó:

—La vida es una cosa seria, siempre lo he dicho. Nunca sabemos de qué maneras nos la va a jugar. En ocasiones, cuando tenemos algo que ya consideramos olvidado y superado viene ella, nos lo pone delante y nos lo refriega en la cara como a un limón en el exprimidor. Tan solo para que veamos que ni está olvidado ni mucho menos superado. La pregunta que tenemos que hacernos en ese momento es: ¿por qué? ¿No es así?

Selene, sorprendida por su presencia y confundida por la pregunta, solamente atinó a balbucear:

—Yo... Yo no...

Adriana guardó la barra de labios, se acomodó el escote, estiró en las caderas el elegante vestido, se ahuecó un poco su melena rubia, y dijo:

—Pero la pregunta no es por qué nos lo presenta después de tanto tiempo, sino el motivo por el que no lo hemos podido olvidar ni superar, luego de tanto tiempo. ¿No te parece que eso es lo más importante? Pudiera ser una segunda oportunidad que la vida nos ofrece. Quizás podríamos llevarnos una sorpresa muy grande, si queremos abrir los ojos a la verdad y escuchar a nuestro corazón. ¿No te parece a ti?

—Yo... Sí, supongo que sí.

—Hablando de abrir los ojos, me ha sucedido que acabo de abrir los míos por completo, tan solo para verificar lo que ya... sospechaba con bastante fundamento. Era algo que yo no quería aceptar, pero que ya no puedo seguir negando más. ¿Sabes? En cierta forma no me agarra de sorpresa. Estaba esperando por el momento porque tenía que suceder tarde o temprano. Ya veré de qué modo lo supero. Tú ten cuidado cuando salgas a la terraza; hay algo de viento y trae polvo. Cuando entra en los ojos, el lagrimeo que causa es muy desagradable y puede ser confundido con otra cosa. Déjame arreglarte eso.



De una cajita en el tocador agarró una fina toallita de papel y le limpio las lágrimas.

—Gracias —dijo Selene.

—Un retoque con la polvera y quedas lista. Tómate tu tiempo. En unos quince minutos será la cena y espero ver esa hermosa sonrisa y la alegría que son naturales en ti; esas mismas que cautivan a todos cuantos te conocen. ¿De acuerdo?

—Sí.

Adriana se marchaba, dio la vuelta y añadió:

—¡Ah, sí! Selene, tu vida privada no es asunto mío. No obstante, esta noche te pediría, como un favor personal, que procurases no sentarte al lado de él para la cena.

—¿De él? ¿De quién?—preguntó Selene con cautela.

—De Mateu. El tipo es un excelente contable y un gran administrador. En lo demás es todo un pelmazo insufrible, por si no te habías dado cuenta hasta ahora. ¿Por qué crees que está soltero si no es mal parecido? Si en algo te sirve mi consejo: él no te va nada, te lo aseguro. Te queda tan mal como a una monja anciana usar cofia roja, sotana minifalda y zapatos verdes con tacón de aguja. —Selene logró sonreír—. Siéntate en una mesa donde no te arruines la cena tú ni se la arruines a nadie más. Hay otros hombres y yo estoy segura de que Fernando estará encantado con tenerte al lado; él es mejor compañía que Mateu. Aunque sea por esta noche olvida lo que, al parecer, no has logrado olvidar en tres años o quizás más; sea lo que haya sido. Hoy tenemos que disfrutar; para eso estamos aquí.





## CAPÍTULO 2

### Una novela interesante y un autor misterioso

Adolfo apareció el lunes en la mañana por las oficinas de la editorial. Todos lo saludaron excepto Selene, quien se mantuvo en su escritorio con la cabeza baja y él no se le acercó. Adolfo estuvo alrededor de una hora reunido con Adriana y luego se marchó. Poco después, Selene fue a la oficina de ella.

—Quisiera hablar un momento contigo sobre la traducción. Adriana se levantó de la silla y dijo:

—Me parece bien. ¿Desayunaste?

—Si acaso lo hice, mi estómago ni se acuerda.

—Pues te invito a tomar algo, que ya es media mañana y yo estoy con un miserable café nada más. Me apetece un *brunch*.



Ya sentadas en la cafetería ante sendos zumos, cafés, huevos, salchichas con tocineta; setas, habas estofadas, ensaladilla rusa; dos panquecas Adriana y un muffin Selene, mermelada y rebanadas de pan de spelta integral tostado, esta le dijo:

—Esta novela tiene algunas expresiones y situaciones que no me quedan completamente claras, en cuanto a cómo las voy a traducir.

—Pues lamento mucho no poder ayudarte en eso. Si fuera en inglés, francés o italiano podría echarte una mano; pero de árabe no sé una jota —dijo Adriana.

—No se trata de eso. No es la traducción literal en sí, sino el hecho de que en árabe podrían ser expresadas de diferentes

formas. Si lo traduzco literalmente quedará ambiguo. Si pudiera hablar con el autor me ayudaría a aclararme, y a buscar la expresión más adecuada y precisa que él le quiere dar.

—¿Has leído algunas de las novelas que han publicado nuestros escritores?—le preguntó Adriana.

—He leído la romántica de Victoria, la última erótica de Magdalena, una histórica de Santander y un par de ellas más de otros autores.

—¿Y de Adolfo Monterrubio?

—No, de él no he leído ninguna —dijo Selene.

—¿No? Si es el escritor más leído que tenemos en esta editorial, un *best seller* mundial en cada una de sus novelas. ¿Por qué de él no?

Selene se encogió de hombros.

—No me han llamado la atención.

—¿No? ¿Qué género es el que te gusta? ¿Minería o repostería? —La otra sonrió—. Bueno, supongo que por eso es que hay gustos para todos. ¿Qué opinas de la que estás traduciendo?

—Me encanta —dijo Selene—. Es bellísima, una aventura romántica entre un español y una mujer canaanita en medio de la Segunda Cruzada. Las aventuras son absorbentes y las escenas románticas están muy bien tratadas, con un erotismo muy delicado y respetuoso. Está tan bien manejado que deja los efectos lujuriosos correr a cargo del entendimiento del lector, situación que los hace más intensos y vívidos. Es la técnica del velo.

—Ahora sí que me pillaste. ¿Qué técnica literaria es esa? No la conozco —dijo Adriana.

—No me refiero a técnica literaria, sino al uso de un velo tenue para cubrirse el cuerpo. Según la densidad de la tela y los pliegues que le quieras dar, deja entrever más o menos de lo que hay debajo sin mostrar por completo. Con eso se logra que el observador se imagine, en grado máximo, la perfección de ese cuerpo sublimando todo lo que hay.

—¿Eso te lo enseñan en la carrera de Filología Árabe?

Ahora Selene se rio y dijo:

—No, que va. Es bien conocido que las mujeres de Oriente Medio y Próximo fueron unas maestras en esas artes seductoras de alcoba. Sobre todo en los grandes arenos, en los que aquella que lograba seducir mejor a su señor y mantenerle el interés se convertía en la favorita.

—Lo de bien conocido será para ti. De seducción árabe y de arenos yo solo sé lo que he visto en películas. Pero ahora comprendo la observación que me hiciste sobre esa novela. Es sumamente interesante y la tendré en cuenta para usar en mis opiniones literarias, aunque no esperes que te dé el crédito.

Selene sonrió y dijo:

—Te lo cedo. Me tiene muy intrigada la personalidad del autor. —Adriana sonrió mientras daba cuenta de un trozo de salchicha y de tocineta—. Entiendo que la novela tiene una parte anterior.

—Sí, la tiene; esa es una segunda parte.

—¿De cuántas se compone?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Es tan hermosa. Me hubiera gustado haberla escrito yo. ¿Cómo es que no sabes cuántas partes tendrá?

—Porque eso dependerá de lo que el autor decida. Él no me ha dicho todo lo que tiene en mente. Por los momentos son dos partes y esta segunda la está terminando o lo estaba haciendo. Hay algo que lo tiene parado y no me ha querido decir lo que es. Me alegra muchísimo que pongas tan buen cuidado en la traducción. Cada vez estoy más contenta de haberte contratado fija, te lo digo muy sinceramente. Fuiste una excelente recomendación.

—¿Fui recomendada? Nunca me dijiste eso. ¿Quién me recomendó? —preguntó Selene.



Adriana terminó de masticar lo que se había metido en la boca, bebió un trago de zumo y dijo:

—Eso no importa en este momento. Solo te diré que fue la mejor recomendación que me han hecho, después de aconsejarme probar los huevos a la benedictina. Esto de los traductores es un asunto delicado. Por muy bien que una persona hable y domine un idioma, así sea un traductor oficial, no necesariamente está en la capacidad para manejar la complejidad literaria de una novela. No es asunto de traducir al pie de la letra, como lo haría un robot.

—Sí, lo sé. Es por eso por lo que no me gusta traducir poesía, porque el resultado es un completo horror que destruye la labor del poeta —dijo Selene.

—Por eso mismo es que en una novela tampoco es asunto de realizar extrañas traducciones libres, que pueden llegar a ser más liberales que otra cosa —dijo Adriana—. Ya ves cuántos errores se han producido desde la antigüedad, debido a malas traducciones de palabras o de pasajes completos.

—Sí, nada se ha salvado: textos religiosos, filosóficos, geográficos, astronómicos, históricos... De ahí tenemos ahora la falsa existencia de una *araña mona* que anda por los árboles, un arácnido gigante que se inventó un naturalista, cuando lo que debió de traducir era *mono araña*, que es un primate.

—Sí, es cierto —dijo Adriana.

—Me apasionan los manuscritos antiguos. Intentar traducir un texto escrito en árabe o en arameo, de hace dos mil quinientos años, no es una bagatela ni trabajo para cualquiera. Porque no se trata de qué tan bien puedas conocer la lengua, sino de ponerte en la piel de quien lo escribió y, sobre todo, de conocer las costumbres de la época y del lugar. Porque las expresiones lingüísticas y los modismos cambian de significado con los siglos, incluso cambian muchas palabras al pasar de región en región. Es algo que podemos ver muy bien con nuestro idioma.

—Exactamente —convino Adriana—. ¡Hum!, esta tocineta está en el punto exacto en que me gusta, ni muy tostada ni poco.

—Sí, está muy buena. Tomemos por ejemplo palabras de uso diario como «cura», «radio» y «capital», que cambian de significado dependiendo del artículo que las preceda. No es lo mismo hablar de *la cura* de una enfermedad que hablar con *el cura*, de una enfermedad. Decir que me quemó *el radio*, refiriéndome al elemento químico radiactivo, a decir que se me quemó *la radio*. Mucho menos decir que invertí en Madrid, *la capital* de España, que decir que invertí *el capital* en Madrid, España.

—Tienes toda la razón.

—Pues imagínatelas a la hora de traducir de idiomas como el árabe, que tiene un solo artículo: «al», que no tiene género ni número.

—¿Cómo es eso? —preguntó Adriana.

—Que puede significar *al, el, lo, los, las*. Si a eso le agregas la propia morfología de los idiomas semíticos, como el árabe y el hebreo, que son de raíces consonánticas, pues la vía a la confusión está servida. Ya no te digo con las palabras cuyo significado puede ser distinto, bien sea en el tiempo o en diferentes lugares geográficos. Porque hace mil, dos mil y tres mil años no se hablaba el mismo dialecto en el Yemen, en La Meca o en Egipto. Todavía hoy no se habla el mismo árabe en Arabia Saudí, en Siria, Líbano, Jordania, Libia o Marruecos. Y a eso le añades el caso de los regionalismos dentro de una misma zona, que en algunas poblaciones aisladas no hablan igual que en ciudades más pobladas.

—¡Huy, sí! Los andaluces tienen expresiones regionales que entienden ellos nada más —dijo Adriana.

—Ni que lo digas. Incluso tenemos una gran cantidad de palabras antiguas que no es que ya no se utilicen, sino que incluso han desaparecido de los diccionarios. ¿Quién las traduce en un futuro? Como es el caso de «corniculata».

—¡Selene, no digas groserías en la mesa! ¿Qué cosa es esa?  
Ella se rio y dijo:

—Era una expresión que se le aplicaba a la luna en cuarto creciente y menguante para indicar su forma de cuernos. Pues, en términos algo más amplios, tenemos la diferencia entre decir que *hay una rata entre las rejas*, y decir que la policía *metió a una rata entre rejas*, refiriéndose a un ladronzuelo. Luego están los modismos lingüísticos de los distintos países.

—Ni que lo digas, Selene. Si veo una telenovela o una película mejicana pura, no entiendo ni la mitad de lo que dicen en la jerga que utilizan ellos.

—Pues, sin ir muy lejos con esto de las traducciones, ahí tenemos al Corán. Agarras cinco traducciones al español y probablemente te encuentres con que, en muchas aleyas, las cinco traducciones serán diferentes. Habrá quien se limitó a realizar la traducción completamente literal, para no interpretar, y quizás para nosotros suene tan raro como un poema traducido. De los otros cuatro que intentaron interpretarlas para hacerlas más comprensibles, lo que dicen podrá llegar a ser completamente opuesto en algunos casos. Porque traducir no es siempre agarrar lo que está escrito y volcarlo tal cual a otra lengua. En muchos casos, en una novela hay que ponerse en la piel y el sexo de quien lo dijo o escribió, así como en el momento histórico y geográfico, a fin de entender el propósito e intención que tuvo.

—Sí, porque sin eso no sirve de nada —dijo Adriana.

—Esto cobra importancia vital a la hora de interpretar y traducir asuntos tan delicados como las palabras de Mahoma, que están recogidas en la *sunna*. Adriana, es que en esto de las traducciones del Corán y de la *sunna*, algunas son contradictorias. He llegado a pensar que quienes las escribieron para los no musulmanes, en ocasiones lo hicieron con la mejor voluntad de cambiar la mala visión que los occidentales tenemos de lo que se dice en algunas; sobre todo con respecto a las mujeres.



Adriana dijo:

—Es posible. Selene, me satisface que tengas muy claro que, a las traducciones de novelas, hay que darles las expresiones y las cualidades literarias necesarias en cada idioma. Es como poner a redactar la misma narrativa de una página a una persona cualquiera y a un buen escritor. Tenemos el caso de la traducción que se hizo al árabe de *Un amor de dos mundos*, que no fue todo lo buena que pudo haber sido, literariamente hablando. Eso es una verdadera lástima, porque el resultado del traductor desmerece por completo la enorme calidad del autor.

—¿Cómo puedes evaluarlo si no entiendes el árabe?

—¡Hum! Estos huevos benedictinos están de muerte. Me encanta la manera como los preparan aquí. Yo no sé cómo es que hacen la salsa holandesa, que les queda con un toque distinto —dijo Adriana.

—Sí, están deliciosos. ¿Siempre has desayunado tan fuerte?

—Antes no. Me acostumbre con... Con un buen amigo que entendía la importancia que tiene el desayunar bien.

—Pues yo todavía me asombro de estar comiendo todo esto a esta hora. La primera vez que me invitaste a un *brunch*, hace ya meses, pensé que reventaría. No creí tener capacidad para meterme en el estómago estas mezclas y en tal abundancia y, ya ves, ahora entra como si nada; es que está delicioso. Parezco musulmana en Ramadán. ¿No te dije? Comencé a prepararme estos desayunitos en casa, los fines de semana —dijo Selene.

—Pues me invitas. Respondiendo a tu pregunta, lo sé porque le di a leer la traducción a tres amigos: una jordana que es profesora de Filología Árabe, un escritor y poeta sirio y una árabe catari, que es crítica literaria además de experta en manuscritos árabes antiguos. Trabaja para la Qatar Foundation en la Qatar National Library en Doha.

—¡Uf! Eso no es cualquier cosa. Trabajar en esa biblioteca son palabras mayores —dijo Selene.

—Les he dado a leer también algo de lo que ya llevas traducido. Dijeron que la diferencia entre aquella traducción y esta es considerable, que la tuya es superior. Quedaron muy impresionados los tres, cuando supieron que tienes treinta y ocho años y el árabe no es tu lengua materna.

—¿Eso por qué? —preguntó Selene.

—Por lo acertado de las traducciones, que implican no solo ese conocimiento adecuadamente profundo del idioma, que se le atribuiría a un intelectual parlante originario del árabe y con más edad. Sino que también implica el cuidado y meticulosidad literaria que tan solo un excelente escritor podría lograr. Eso me intrigó y me llevó a investigarte un poco más.

—¿Investigarme?

—Sí. ¡Huy! Creo que me pasé de mermelada en esta panqueca. No importa, va para adentro igual. Selene, cuando te recomendaron como candidata al puesto de traductora, te investigué nada más que en el plano profesional. La recomendación hubiera sido innecesaria, ya que estás sumamente cualificada, no solamente en las lenguas que manejas, sino en tus conocimientos de procesos editoriales. Son cosas que nos dejaste bien demostradas durante el período de prueba. Pero la recomendación sirvió para que yo te conociera y te hiciéramos la entrevista.

Selene dijo:

—Es una lástima que no me digas quién fue, para agradecerse, porque yo tenía más de un año sin encontrar trabajo.

—Tranquila, si esa persona no lo hace, que no lo hará, yo...

—Disculpa, Adriana, ¿por qué dices que no lo hará?

—Porque no te recomendó pensando en tu gratitud. Si no lo hace te lo diré algún día, cuando ya no sea preciso que le agradezcas nada. Pues, como te decía, una vez que estabas aquí fui investigando algunos otros aspectos de tu vida.

—No sé lo que buscabas, aunque no creo que hayas podido averiguar mucho sobre mí —dijo Selene.

—Bueno, no encontré ninguna nota de prensa diciendo que te habían detenido por conducir superando la tasa de alcoholemia. Tampoco fotos tuyas en Ibiza, completamente derrapada en una discoteca o en un botellón, manoseada por cinco alemanes y cuatro británicos. Mucho menos en una playa nudista levantando las pasiones y órganos viriles, o en una marcha de protesta por los derechos del cangrejo ermitaño a tener una concha digna.

Selene soltó la carcajada y dijo:

—Entonces, me parece que no buscaste bien a fondo.

—Quizás. Lo que sí te diré es que sé de ti más de lo que te imaginas, incluso cosas que quizás tú misma desconoces. Pues bien: en esta otra investigación, en Internet y en tu universidad encontré disponibles algunos de los trabajos que publicaste cuando estudiabas, así como en el postgrado. Son excelentes. Me encanta tu narrativa y las metáforas tan deliciosas que utilizas. Ahí escondida y callada eres toda una escritora en potencia. De allí te viene lo bien que traduces y tu interés en hacerlo lo mejor posible. Porque tú no lo ves de la misma manera deficiente en que lo hace un traductor simple, sino que lo ves con los ojos y el corazón del escritor. Me da la impresión de que eres una hermosa cajita de sorpresas que guarda muchos secretos. ¿Qué más tienes escondido?

—¿Yo? Yo no escondo nada; soy lo que ves.

Ahora fue Adriana quien soltó la carcajada.

—Qué mentirosa eres en esto. Ninguna mujer somos lo que dejamos ver; tú mucho menos. Eres tan delicada y tienes tal ternura infantil, que estoy segura de que en tu casa comes con un babero de bebé, y en tu cama tienes un osito panda de peluche. —Selene sonrió y Adriana volvió a reír—. Lo sabía. No sé si haya alguien que haya visto lo que eres realmente, aparte de tus padres. A mí me parece que ni tú misma lo sabes. Oye, ¿acaso tienes los discos de Caruso?

Selene quedó con el tenedor a medio camino y balbuceó:

—Yo... Yo...

—Como que sí los tienes.

—Tengo discos de Pavarotti, de Plácido Domingo, Andrea Bocelli, Mario del Mónaco; José Carreras, Mario Lanza, Giuseppe Di Stefano y otros tenores más. También los de Hayley Westenra, Edita Gruberova, Diana Damrau, María Callas y otras sopranos. De Caruso tengo también algunos viejos discos de pasta de 78 rpm, y algunas de sus canciones remasterizadas en digital; las que he podido conseguir con mayor calidad.

—De modo que te gusta la ópera y escuchas a Caruso. Ya me decía yo. Vaya pareja —dijo Adriana.

—¿Qué pareja?

—Caruso y tú.

—¿A qué viene eso, Adriana?

Esta hizo un movimiento restándole importancia al comentario y le preguntó:

—¿Sabes de quién es la novela que estás traduciendo?

—No. Cuando me pasan una viene sin el nombre del autor ni el título ni dato ninguno, tú lo sabes bien, y yo no quise ponerme a indagar —dijo Selene.



—Chica, me queda esta sola panqueca y no va a ser suficiente. ¿Será posible? No sé qué me pasa. ¿Tú no quieres más?

—¡No! Con el muffin ya es suficiente, gracias.

Adriana pidió más café y un cruasán integral.

—Tú no tienes idea de lo que me costó convencer al autor para que publicara esa novela con nosotros.

—¿Por qué? ¿Él estaba con otra editorial?

—No, fue porque él no nos necesitaba para nada. Es un hombre un tanto... esquivo y sumamente independiente, que no le gusta atarse a contratos.

—Ya va. Si es así, ¿cómo fue que firmó uno con vosotros?

Adriana miró para los lados, de forma más cómica que suspicaz, y le dijo en voz baja:

—Te lo diré, pero luego tendré que matarte: con él firmamos un contrato nada más que para cada edición que sacamos. No tenemos un contrato exclusivo ni tampoco por años para ninguna de sus obras, y sus regalías son bastante especiales.

—Tranquila, que no se lo diré a nadie —dijo Selene.

—La dificultad para conseguir a ese escritor fue que, por más que todas las grandes editoriales se lo pelean y le ofrecen el oro y el moro, ¿para qué querría él estar con una? Como autor independiente que es, a través de Amazon y de la Apple Store vende lo que le da la gana, sin compromiso alguno, y ninguna editorial le puede ofrecer unas regalías similares.

—En ese caso, ¿cómo fue que lo convencisteis? ¿Tú lo conocías de algo? —preguntó Selene.

—Lo conocí hace unos siete años atrás, cuando él iba a publicar su primera novela. Yo trabajaba en Madrid junto con un primo. Teníamos una oficina muy céntrica, en un piso en la calle de la Montera, y nos dedicábamos a la revisión, corrección e informes de obras literarias, representación de escritores y esas cosas. Él llegó para que le revisara una novela. Eran momentos en que yo ya estaba harta de tantos zombis, vampiros y hombres lobo, y él me llegó con algo totalmente fresco y novedoso. Me dejó impresionada la calidad de la obra y también él como persona. A diferencia de otros clientes, con él... —Adriana sonrió con sus recuerdos, mientras saboreaba un bocado de panqueca untada con mermelada—. Con él yo me las arreglé para entablar una buena amistad.

—¿Cómo hiciste?

—Fuera del informe que le elaboré, cuando él lo fue a retirar le propuse salir a tomar algo, para comentarle directamente algunas de mis impresiones y que él me aclarara detalles. A ese café siguió otro, unos días después; una cerveza otro día, un

desayuno luego, un almuerzo más adelante y así hasta llegar a una cena ya del todo romántica.

—¿Una cita en toda regla?

—Eso. Las cosas me fueron bien.

Adriana comió un trozo de panqueca y Selene preguntó:

—¿Con él?

Ella sonrió y aclaró:

—En el negocio. Porque un par de años después se me presentó la oportunidad y me asocié con Ernesto Larrañaga, en esta editorial que apenas iba naciendo, y vine a Barcelona. Invertí todo, pero tú sabes: el paraíso no es para los indecisos.

—Ni el infierno para los felices —dijo Selene.

—Así es. Hemos logrado hacerla crecer y de momento no nos interesa ir a más.

—¿Por qué no?

—Porque implicaría más personal, más gastos y la inevitable necesidad de un capital mayor. Hasta hace poco nos manteníamos como una editorial pequeña tirando a mediana, con una reducida cartera de autores que seleccionamos muy bien. Desde que fichamos a Adolfo Monterrubio y publicamos su novela *Un amor de dos mundos*, pegamos un salto cuántico y nos podemos considerar una editorial más que mediana, por el total de volúmenes publicados, y nuestros beneficios se cuadruplicaron.

—Ese sí que fue un salto —dijo Selene.

—Y tanto. Solamente con Adolfo vive cualquier editorial. ¡Coño, qué tío tan bueno! —dijo Adriana a causa de un hombre que entraba—. *¿Dove tu vai mio babbino caro?* Siéntate aquí cerca. ¡Bah! Se sentó con la rubia aquella. Nosotras también somos rubias y estamos necesitando consuelo masculino.

Selene se rio y le preguntó:

—¿Tú estás necesitando consuelo?

—¡Ay!, si yo te contara de mis penurias —dijo Adriana—. ¿Tú no lo necesitas?

Selene sonrió y dijo, un tanto esquivada:

—Es posible que también.

—En fin, ¿en qué estábamos? Sí, con los autores.

—¿Cómo logras atraerlos? —preguntó Selene.

—Desnudándome.

Selene soltó la carcajada y preguntó:

—¿Cómo que desnudándote, Adriana?

—Con sinceridad y transparencia. Trimestralmente les presentamos informes de las ventas reales de sus obras, según los reportes de los distribuidores y otras fuentes fiables. Cada cuatrimestre les hacemos liquidaciones de las regalías, aunque nos ocasione más trabajo.

—Eso está muy bien. Por lo que yo sé, de lo que los autores se quejan más es de que la mayoría de las editoriales, particularmente las grandes, liquidan anualmente o cuando les da la gana y las cifras de ventas son irreales. Aceptarlas se convierte en un auto de fe para los autores, que viven con la duda de cuánto fue lo que realmente se vendió.

Adriana dijo:

—Pues nosotros aquí hemos acabado con eso. Confianza y transparencia son nuestro lema y nos ha ido muy bien. Es por eso por lo que no nos resulta difícil conseguir a buenos escritores con excelentes ventas. Aunque con Adolfo Monterrubio se nos fue la mano mucho más de lo que logramos prever. Casi nos atragantamos.

—¿Por qué? —preguntó Selene.

—¿Sabes los costos iniciales que implica la impresión de cien mil ejemplares?

—¡Huy! ¿De qué novela sacas una tirada de ese calibre?

Adriana sonrió mientras terminaba de comer y le dijo:

—De *Un amor de dos mundos*, esa es la cantidad que se lanzó... en cada país por cada edición, y ya vamos por la quince aquí y la décima en Francia, Inglaterra e Italia. Por la veintidós

en los Estados Unidos. De la edición en árabe ya sabes. ¿Tienes idea de lo que tarda el retorno de la inversión para cualquier edición que se saque?

—Sí, claro, no había pensado en ello —dijo Selene.

—Lo que pasa es que con Adolfo Monterrubio corremos con una gran suerte. En un par de meses cubrimos todos los gastos, ya que sus libros vuelan desde el primer día del lanzamiento, ninguno se queda frío y más bien sacamos edición tras edición como quien saca churros en pleno invierno. Eso ya lo sabes.

Selene dijo:

—En la oficina he escuchado comentar que fue muy difícil conseguir esa novela. ¿Cómo fue que lograste convencerlo?

Adriana sonrió:

—Eso es algo que me han preguntado muchos editores. Es el secreto mejor guardado del mundo y que probablemente yo me lleve a la tumba. Lo que te puedo decir, por ser tú, es que el argumento que logró que Adolfo aceptara publicar esa única novela con nosotros, no fue ni nuestra amistad de años ni mi insistencia. Con decirte que ni siquiera fue mío.

—¿No, y entonces? ¿Fue del señor Larrañaga?

—No, él no intervino en esto.

—¿Por qué no? —preguntó Selene.

—Porque si yo no lo lograba, él lo haría mucho menos. Fue una proposición... o mejor dicho, una condición que el propio Adolfo impuso para publicar con nosotros. Te digo que fue la situación más insólita que yo hubiera escuchado jamás. Con decirte que, a estas alturas, todavía me sorprende cada vez que lo pienso. Él mismo me puso todo en bandeja de plata y, por supuesto, yo acepté de inmediato y bailando con todo y castañuelas.

Adriana levantó los brazos e hizo sonar los dedos como una bailaora, en el momento justo en que llegaba la mesonera con lo ordenado y le dijo:



—Estás muy contenta hoy, Adriana.

—Tengo motivos sobrados para estarlo y también para llorar a moco tendido. Prefiero bailar.

—Pues sigue así —dijo ella alejándose.



Selene, continuando con lo que hablaban, le preguntó:

—¿Cuál fue la condición que él te impuso?

Adriana sonrió mientras echaba azúcar morena en el café y lo revolvía.

—Fue algo que ya prescribió. Aun con eso, querida Selene, yo no estoy autorizada para decírtelo a ti ni a nadie. Quizás algún día pueda hacerlo contigo, quizás algún día. Volviendo al asunto de la traducción que estás haciendo, la primera parte de esa novela se vendió como pan caliente y todavía se sigue vendiendo. Es todo un *longseller*. Si el autor ya era más que rico por sus novelas anteriores, esta sola lo volvió millonario y no para de entrarle el dinero en las arcas. Hacienda está encantada con él. Es por eso por lo que la editorial tiene un enorme interés en esta segunda parte y yo más que nadie. La expectativa que hay tras de ella es muy grande y están aseguradas ventas millonarias, tanto en la edición en español como en la árabe y en las otras.

—Ya veo. ¿Es por eso por lo que tú tienes a esa novela como a una niña mimada?

—Sí y estoy dispuesta a todo sin escatimar en nada. Haré lo que sea necesario para que salga lo mejor posible, así tenga que aparecer yo en bragas y turbante para la portada. —Selene se echó a reír—. Se lanzarán simultáneamente las ediciones en español, árabe, italiano y portugués.

—¿Por qué en esos idiomas primero y no el inglés o francés?

—¡Hum, Dios! ¡Este cruasán está de muerte! Recién hecho, puro hojaldre. Menos mal que yo no tengo tendencia a engordar. El Señor me bendijo con eso o fue la genética de mi madre. Será en esos idiomas primero por deseo expreso del autor; él

sabr  por qué, ya que no me lo dijo. Luego de esas ediciones se lanzará en inglés y por último en francés, al igual que se hizo con la primera parte.

— Por qué en alemán no?

— Para qué? Ellos hablan otros idiomas, al igual que los holandeses y los belgas. Quizás se saque en ruso, no s . Yo hubiera preferido que en esta otra fueran juntas todas las ediciones; un nuevo lanzamiento global, pero es físicamente imposible.

— Eso por qué? —preguntó Selene.

—Porque quien va a traducir varias es la misma persona y está ocupada.

— Qui n es?

—T  misma.

Selene qued  algo sorprendida y dijo:

—De inglés y de francés también puedes conseguir bastantes traductores buenos, y tenerlas de manera casi simultánea ahorr ndote mucho tiempo.  Por qué no lo encargaste?

—Nuevamente por deseos del autor.

— Me est s queriendo decir que él es quien quiere que yo realice las traducciones de esa novela al árabe, al francés y al inglés?

—Sí, y eso es porque no quieres traducir al italiano y no dominas lo suficiente el turco. De todos modos nos vienen muy bien esas demoras, porque los comentarios y las ventas de las otras ediciones serán un buen reclamo publicitario. Har  que los lectores en los otros idiomas se queden ansiosos.

— De qué me conoce él para pedir que sea yo la traductora?

Adriana sonrió y le contest :

—Eso es algo que me tiene más intrigada e interesada que conseguir el elixir de la eterna juventud.

— Y por qué lo hace?  Tampoco lo sabes?

—Sí, eso sí que lo s , aunque no será preciso que yo te lo diga, porque tú has de saberlo mejor que yo.

—¿Cómo voy a saberlo yo si ni siquiera sé quién es él? Adriana, me tienes toda confundida. Tan pronto me parece que estás hablando de Adolfo Monterrubio como del otro escritor.

—Lo sé. Con respecto a esa traducción, ¿si te traigo al autor te sentarías a conversar con él para aclarar todo lo que consideres preciso? No quiero que te estanques, sino que mantengas la fluidez que llevas y lo hagas de la mejor manera posible.

—Sí, por supuesto, Adriana, con muchísimo gusto lo haré.

—Lo del gusto ya me lo dirás luego.

—¿Por qué? ¿Es un tipo cascarrabias y difícil que no acepta sugerencias? No será el sibarita de Pedro Lobato Murillo.

—No y es todo lo contrario, querida, todo lo contrario que ese. Este es un sol, un caballero intachable. Yo te considero muy profesional, capaz de dejar a un lado tus consideraciones personales en lo que se refiere a lo que es tu trabajo.

—Claro que sí. ¿Por qué me lo estás diciendo?

—Porque, por lo que he visto anteanoche, vas a tener que hacer un gran esfuerzo y centrarte por completo en tu trabajo, en pro de la novela.

—¿Por qué? Me estás intrigando.

—Porque el autor es Adolfo Monterrubio. —Selene dio un pequeño respingo y quedó seria. Adriana comió el último pedazo de cruasán y dijo—: Qué lástima, se terminó.

Bebió el café y se la quedó mirando. Selene le preguntó:

—¿Qué novela es la que estoy traduciendo?

—Es la segunda parte del mayor éxito de ventas de los últimos años.

—¿*Un amor de dos mundos*?

—Sí. Ya lo ves, si hubieras leído la primera sabrías a quién es que estás traduciendo. Ahora comprenderás mi interés en ella.

Selene se había quedado seria y le dijo:

—De modo que... ¿Ese autor al que tanto te costó convencer y Adolfo son la misma persona?

—Sí, porque no tenemos a dos como él. Ya me gustaría.

—Está bien, no importa, es mi trabajo y puedo separarlo de mis asuntos personales.

—Magnífico. Selene, yo conozco a Adolfo desde hace bastantes años, como te dije. Creo que lo he llegado a conocer lo suficiente, quizás todo lo bien que se pueda llegar a conocer a un hombre como él en esas circunstancias.

—¿Tan difícil es?

—Para nada, por eso estoy segura de que no tendrás ningún problema con él. Es una de esas contadas personas que son altamente sensibles, a un extremo... Ese es su don y también su maldición. Él vive dentro de su burbuja protectora. Muy bien pudo haber sido autista. De hecho, me dijo que de niño lo fue hasta los siete años. Le diagnosticaron un grado tres moderado, que terminó remitiendo por sí solo, gracias a la música.

Selene preguntó:

—¿No habrá sido, más bien, un simple déficit de atención infantil?

—Pudo haber sido. Adolfo piensa que no lo diagnosticaron bien. Hace cincuenta años era poco lo que se sabía sobre el autismo. Sea lo que haya sido, él vive en su mundo que vuelca por completo en sus novelas. No es nada tímido, todo lo contrario, sino algo retraído, muy esquivo y celoso de su intimidad y no deja ver mucho de su interior. Tiene pocos amigos, hasta donde yo sé. Tampoco los necesita. Un hombre de su creatividad y con un mundo interior tan rico puede pasar de todo eso. Él es tan sumamente intuitivo que en ocasiones me da... no sé, un poco de temor.

—¿Eso por qué?

—Porque es como si él pudiera saber lo que estoy pensando o lo que va a suceder. Son pocas las oportunidades en que yo he logrado estar con él libremente, sin esa sensación.

—¿Estar... con él? —preguntó Selene frunciendo el ceño.

—Sí. Yo he ido cuatro veces a Madrid en el año que tú llevas con nosotros. Adolfo ha venido una sola vez y no pasó por la editorial, por eso no lo sabes. Cuando él está aquí vive conmigo. —Selene se quedó mirando el fondo de su taza—. A ti no te lo voy a ocultar. ¿Para qué, si no es ningún secreto en la editorial? Aunque tampoco es una noticia pública porque lo llevamos de manera muy reservada. Las veces en que yo he estado con él fueron las contadas ocasiones en que pude ver algo de su verdadero ser, de lo que él es realmente. Hubiese preferido no verlo.

—¿Por qué no? —Adriana se encogió de hombros—. ¿Tan malo es lo que descubriste?

—Todo lo contrario, Selene, ese es el problema. Él cuando se da se entrega completo, aunque también puede ser enormemente evasivo. Si no te responde a algo personal es porque lo considera muy íntimo, o porque intuye que la verdad te molestaría o heriría; pero si te responde lo hará con sinceridad. Normalmente es como si él no estuviera aquí, es el ausente perpetuo. Como se dice: él vive en la luna. Eso me tenía tan intrigada que una vez le hice una pregunta. Resultó ser en el peor momento posible.

—Me extraña esa falta de tacto por tu parte —dijo Selene.

—No fue algo que pensé en el instante. En aquel momento yo no estaba para pensar mucho y hubiera preferido que él no hubiera respondido.

—¿Qué le preguntaste? Bueno, si no es una indiscreción de mi parte.

—Le pregunté qué era lo que él buscaba en la vida y que no encontraba. —Adriana se quedó evocando aquel lejano momento, luego añadió—: Me respondió que a ella.

—¿A qué ella?

—Eso no me lo aclaró y en ese momento no estaba yo para ahondar. Para mí fue un poco duro escucharlo, todo un baño de agua helada para mi ardor del momento.

—¿Por qué razón? ¿Qué tuvo?

—Selene, que te diga eso el hombre que todavía tienes sobre ti y bien adentro, con el que acabas de subir catapultada al cielo con un orgasmo interminable y aún no regresas por completo... —Adriana sacudió la cabeza echando sus pensamientos a un lado junto con el rubio cabello. Se levantó de la mesa y le preguntó—: ¿Subimos? El trabajo espera y ahora sí que estamos listas para lo que nos echen. ¿No te parece?



## CAPÍTULO 3

### Acercándose un poco y planeando un viaje

Adolfo llegó a la editorial al otro día, cerca de la media tarde. Adriana llamó a Selene. Esta entró y saludó a Adolfo:

—Buenas tardes.

—Hola, Selene, buenas tardes —respondió él.

—Podéis utilizar la salita de reuniones, que allí no os molestará nadie —dijo Adriana.

Los dos se acomodaron allá. Selene abrió su ordenador portátil sobre la mesa y conectó un teclado inalámbrico externo. Adolfo comentó:

—¿Es un teclado con caracteres árabes? ¿Es el que utilizas tú para escribir?

—Sí, es muy práctico. De otra forma sería casi imposible escribir con cierta rapidez —dijo ella.

Selene comenzó a indicarle los párrafos de la novela que le interesaban aclarar para la traducción. Él escuchaba sus explicaciones y le daba las aclaratorias necesarias, hasta que ella quedaba satisfecha. En eso se les fue casi una hora.

—A ver, repíteme de nuevo esas dos posibilidades que hay para decir esa parte en árabe —pidió él.

Selene las repitió y le aclaró:

—La forma como lo tienes redactado está perfecta en español. En inglés, en francés o en italiano y otros no sufriría variaciones tampoco. En árabe, sin embargo, traducirla literalmente no da el sentido adecuado; suena un tanto forzado dentro de

la situación dada. No sería la manera en que ellos lo dirían, mucho menos un sirio del interior, como es en este caso. Yo tendría que irme por una traducción muy libre, y considero que excedería mis atribuciones y límites como traductora. Quedaría más adecuada cualquiera de estas otras expresiones, aunque no sería una traducción precisa de lo que tú tienes escrito.

—¿Sabes? Me agrada más esa segunda forma de decirlo, por lo que implica. Me parece bien y voy a utilizar la expresión también para el español. ¿La copia que estás usando está sincronizada con el servidor de la editorial?

—Sí, las dos.

—En ese caso, ¿quieres modificarla de una vez, por favor?

Con un tono de cierta extrañeza, ella le preguntó:

—¿Vas a cambiar por esto otro lo que ya tienes escrito?

—Sí, son frases, simples palabras en una hoja, no ladrillos en una pared. Me gusta más expresarlo de esa manera que tú propones y te agradezco la idea. A ver, sigue.

—En este otro diálogo entre ellos dos, las palabras que pones en boca de ella están bien en español, pero puestas en árabe...

—¿Qué tienen? ¿No son correctas tampoco?

—Sí, es solo que una joven jordana de veinte años no diría eso, mucho menos en aquella época medieval. Sería una expresión demasiado culta y propia tan solo de hombres muy eruditos, generalmente de bastante edad.

—¿Cómo lo diría ella, según tú?

Selene se lo dijo en árabe y lo que significaba en español. Adolfo se quedó pensando y luego dijo:

—Ya veo que llevarlo al árabe es más complicado de lo que pensé, si se han de tener en cuenta todos esos matices. Yo investigué ese período histórico en Anatolia y Siria, hasta donde logré encontrar material porque, lamentablemente, mi desconocimiento del árabe me limitó y no pude ahondar tanto. Ahora me doy cuenta de que lo ideal hubiera sido tenerte a mi lado



en aquel momento. —Las miradas de los dos, que lo habían evitado, ahora se encontraron por unos instantes—. El que me tradujo la primera parte nunca me preguntó nada. Ahora agradezco tenerte a ti de traductora y el esmero que estás poniendo. Escríbelo de la forma en que me indicas.

—Para ello es necesario modificar el párrafo en árabe.

—Hazlo.

Los dos estuvieron reunidos media hora más todavía. Ya al final, una vez aclaradas sus inquietudes y mientras ella recogía su portátil y el teclado, le preguntó:

—¿Por qué has querido que sea yo quien la traduzca?

—Lo hice porque confiaba en ti. Ahora me estás dando la razón plena.

La mirada de él le confirmó a Selene que aquellas palabras fueron sinceras. No supo cómo reaccionar y tan solo dijo:

—Gracias por tu confianza. No... me la esperaba.



Fueron hasta la oficina de Adriana, que les preguntó:

—¿Listo?

Selene respondió:

—Sí, hemos aclarado todas las dudas que yo tenía hasta el momento. Ya veremos qué otras surgen más adelante. Resultó una reunión muy fructífera.

Adolfo dijo:

—Hemos realizado también algunos cambios pequeños en la versión en español.

—¿Eso por qué? —preguntó Adriana.

—Las ideas que me dio Selene, en algunas expresiones, me parecieron más adecuadas, quedan mejor.

Adriana le dio a ella una mirada de extrañeza, que luego cambió y acompañó por una sonrisa. Se puso de pie y le preguntó a Adolfo:

—¿Has visto la hora que es?

—No me había fijado.

—¿Qué tal si vamos a merendar?

—Sabes muy bien que una merienda es algo que yo no perdono y a lo que jamás te diré que no —dijo él.

—Hasta luego —dijo Selene.

Se iba a retirar y Adriana le preguntó:

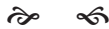
—¿Adónde vas?

—Yo... voy a seguir con lo mío.

—Querida, la invitación es para ti también. ¿O tú no meriendas? Si es así ha llegado la hora de que te vayas acostumbrando. ¿De niña no lo hacías?

—Sí.

—Pues vuelve a ser niña, ven, bajemos. Es un pequeño premio a tu esmero y a tu esfuerzo y progreso.



Al día siguiente, Selene entró en la oficina de Adriana y se sentó en una de las sillas frente a ella. Esta tenía un montón de revistas encima del escritorio y Selene le preguntó:

—¿Te gustan los barcos de pasajeros?

—Sí, claro que me gustan. Esto es porque tengo que buscar un crucero por el Mediterráneo para el mes de mayo.

—Eso es entretenido.

—¿Sí? Pues a mí esas cosas me exasperan y en lugar de ser un placer se convierten en un suplicio. Mira esto. Cinco revistas de empresas de cruceros y con darles un vistazo a dos ya me cabréé.

—¿Por qué no vas a una agencia de viajes? Ellos te lo buscarán.

—Terminaré haciéndolo, es solo que todavía no lo tengo claro. Solo sé que tiene que ser por el Mediterráneo.

—¿El Occidental o el Oriental?

—¿Ves? ¡Qué se yo! ¿Hasta dónde llega uno y dónde comienza el otro, si es la misma agua? Será un crucero por los dos y por el Tirreno, por el Egeo, el mar Negro o hasta donde sea que se llegue. Lo único que tengo bien claro son tres cosas: tiene que

ser largo, en el buque de crucero más grande posible y ha de incluir a Estambul. Los demás puertos que toque son también lo de menos y la naviera no importa.

—¿Eso por qué? Los destinos suelen ser lo principal en un crucero —dijo Selene.

—No en este caso, porque lo que cuenta es el tamaño del buque, su calidad y lo que ofrezca como recreación, ya que es para descansar, olvidarse de todo y disfrutarlo a plenitud. Bajar a los puertos y visitar las ciudades parece que puede resultar estresante, con tantos miles de personas haciéndolo a la vez.

—Sí, eso es cierto en algunos casos. Sobre todo en ciudades tan críticas como Venecia, donde los canales se atascan con tantas góndolas. También en algunas islas pequeñas. Llegas a esos blancos pueblitos que en los folletos te presentan de ensueño, y resulta que con tantas personas juntas no te puedes mover por las calles tan estrechas. Aunque el tamaño no lo es todo. Suelta a cuatro o cinco mil personas en la Gran Muralla China y la llenarán a lo largo de un kilómetro —dijo Selene.

—¿Has hecho algún crucero?

—Sí, de ocho días por las islas griegas, hace ya como seis años. Quedé encantada y con ganas de mucho más. Me supo a poco. ¿De cuántos días lo quieres cuando te refieres a largo?

—De más de veinte.

—¡Guau! ¡Adriana, eso sí que será un señor crucero! Qué envidia me das. Ya verás cuánto lo vas a disfrutar.

—Tengo entendido que a ti te gusta viajar.

—Sí, me encanta. Cada vez que tengo unos cuantos días libres voy para alguna parte. Este verano estuve en Noruega y Dinamarca y el pasado en Irlanda y Escocia. Antes he estado en Centroamérica y en México.

—Magnífico; me vienes al pelo. En ese caso, voy a abusar de ti aprovechando tu experiencia en planificar viajes. ¿Te importaría encargarte de este y quitarme este martirio de encima?

—Con sumo placer, no faltaba más; es algo que me gusta. Veré qué encuentro, selecciono algunos cruceros que cumplan con esos parámetros y te los paso para que decidas. Me llevo las revistas, a ver qué es lo que tienen, y completaré con búsquedas en las webs de cruceros.

—Perfecto. Te lo agradezco muchísimo.



A la tarde siguiente, Selene le presenta a Adriana las alternativas que encontró.

—El hecho de querer un buque grande ha limitado muchísimo las opciones de viajes largos, que no sean dar la vuelta al mundo. Dentro del Mediterráneo, los cruceros de larga duración que más abundan son en buques medianos y pequeños; algunos, de gran lujo. No obstante, encontré estos tres cruceros.

—A ver, dime.

—El primero son veintiún días desde Barcelona, llega a Estambul y finaliza en Atenas. El segundo es de veintidós días redondos. Inicia en Barcelona con recorrido de las islas griegas, Estambul, regreso por Italia y retorno a Barcelona. El otro es también redondo, en el buque más grande y treinta y dos días. Sale desde Barcelona, recorre el sur de España, Francia y las principales islas italianas; sigue por Turquía a Estambul y entra en el mar Negro con tres puertos. Regresa por las islas griegas, Italia, Francia y finaliza en Barcelona. Son treinta y una noches.

—¿No dijiste treinta y dos días o eso se cuenta por noches como en los hoteles? —preguntó Adriana.

—En los cruceros sería preferible contarlos por noches, ya que el último día no se puede contar como estadía en el buque, a efectos prácticos.

—¿Eso por qué es?

—Porque atraca alrededor de las ocho de la mañana y para las nueve o diez ya te están desembarcando —le aclaró Selene.

—¿Por qué tan pronto? En los hoteles tienes hasta las doce.

—Es con el fin de tener esos camarotes disponibles para quienes embarcan a partir de la una, que pueden ser unos cuantos centenares de pasajeros o quizás miles, según el puerto. Estos son los mapas de las rutas y puertos de esos cruceros.

—¡Uf, por Dios, Selene! ¡Qué amasijo de líneas y de puertos! Si fueras a elegir para ti, ¿cuál de los tres sería?

—El de veintidós días está muy bien, es precioso, aunque el que me gustó más es el de los treinta y dos.

—¿Por la duración?

—No. Con veintidós días es como para satisfacer a plenitud el deseo de navegación de cualquiera, y esos nueve adicionales no se echarían en falta. No es como en uno de siete noches, que a la hora de desembarcar sientes que te faltan otros cuatro o cinco días más. Con menos de doce te queda sabor a poco, al menos para mí, te lo puedo asegurar; yo viviría a bordo de un buque de esos. En este caso elegiría el de las treinta y una noches porque es redondo y sin viajes de avión, además de ser en el buque de mayor tamaño y más nuevo. El viaje está más completo al incluir el mar Negro, y toca veintinueve puertos distintos con ciudades que a mí me gustaría poder visitar.

—Está bien, muchas gracias por tu opinión y por el trabajo. Luego les daré un vistazo con calma a ver qué saco en limpio.



Al día siguiente, Adriana le dijo a Selene:

—Vente y hablamos del crucero.

—¿Ya te decidiste por uno?

—Sí, ya salió humo blanco. ¿Qué tal comida italiana?

—Siempre —dijo Selene.

—Magnífico, vamos y te cuento. —Salieron de la oficina y Adriana dijo—: Tú eres muy buena compañía para la comida, porque tampoco engordas y no te andas con remilgos. Salir a comer con mi prima Claudia es desesperante, todo un suplicio.

—¿Eso por qué?

—Porque lo cuestiona todo. Se le van los ojos detrás de cualquier churro grasiento y saliva más que un perro mastín, pero cae en el:

*No, eso no lo voy a comer. No, que va, eso es demasiado para mí. ¿Y tú te vas a comer todo eso, Adriana? ¡Hay, yo no debo de comer tanto! Ese postre se ve exquisito, pero tiene demasiadas calorías, solamente voy a probar una puntica.*

»Coño, Selene, ¿te imaginas qué suplicio para mí? Me hace sentir culpable de que yo pueda comer de todo.

Selene se rio, entraron en el ascensor e intercambiaron saludos con un par de mujeres. Selene le dijo a Adriana:

—Sí, me puedo imaginar muy bien lo de tu prima.

—Claudia en su casa ha de comer hasta reventar, porque no entiendo cómo es que llegó a estar tan gorda, si cuando está con una come como un pollito y no tiene problemas endocrinos.



Ya sentadas en el restaurante, Selene le preguntó:

—¿Qué crucero fue el que elegiste?

—El más largo que a ti te gustó, ya que tiene el mayor buque de los tres, reúne el requisito de la duración e incluye dos días completos en Estambul —dijo Adriana.

—Será estupendo, ya lo verás. Por lo que vi, la Regina Maris es un buque precioso. No es el más grande que existe, aunque sí uno de los cuatro mayores, con una capacidad de más de siete mil quinientas personas entre pasajeros y tripulantes. Tampoco es el crucero más lujoso dentro de su clase. El Queen Mary 2, con una eslora apenas diez metros menor, lleva un 40% menos de pasajeros. Es debido al gran lujo, y a que son menos camarotes que tienen mayores dimensiones y hay muchas más suites. De todos modos, a mí me parece que el crucero Regina Maris tiene lujo más que suficiente para cualquiera. Quizás no lo tenga para la reina de Inglaterra, la de Holanda o la de Suecia, pero sí para mis estándares de chica común de clase media baja.

—Sí, seguramente que para mí también. Ya estuvimos viendo la Regina Maris en Internet; es fascinante.

—No me dijiste con quién irás.

Adriana untó mantequilla en un pancito y dijo:

—Al principio era un viaje en solitario. Ahora me parece... Selene, ¿te gustaría tomarte unas buenas vacaciones?

—Por tiempo me toca agarrar la mitad el quince de enero.

—Sí, ya tú llevas un año con nosotros. Mira, te voy a proponer un trato. En lugar de esas vacaciones fraccionadas en enero podrías posponerlas hasta mayo y serían unas vacaciones... híbridas, unas festivas-laborables, porque harías algunas cosillas de trabajo. Por eso mismo se te pagarían dobles. ¿Qué me dices?

—¿A qué vacaciones laborables te refieres, Adriana?

—Me refiero a irte a un hotel de siete estrellas como el Seven Stars Resort en las islas Providenciales, o al Burj Al Arab en Dubai, para que sigas trabajando desde allí en la traducción que estás haciendo. Usas ordenador portátil, de modo que te dará igual trabajar en la habitación que en la piscina o en el bar.

—Adriana, termina de aclararme lo que me estás proponiendo.

—¿Te gustaría ir en ese viaje?

—¡¡Qué! ¡Claro que sí, Adriana! ¡Por supuesto que me gustaría! ¿Lo dices en serio?

—Completamente. En ese caso, ¿te importaría encargarte de todo lo que falta?

—¡Sí con sumo placer! ¡Huy, qué emoción! ¿Qué tipo de camarote quieres en el buque? ¿Uno con balcón?

—Aquí están los datos y el plano de la suite que estuve viendo.

Adriana sacó de su cartera un par de páginas impresas a color y se las entregó. Selene exclamó:

—¡Una Royal Loft Suite con dos habitaciones y balcón interior y con terraza! ¡¡Qué! ¡Guau, si son casi ciento cincuenta metros cuadrados! Aunque... no sé, me parece algo pequeña.

—¿Algo pequeña? —Adriana casi se atragantó.

—En el Queen Mary 2 hay suites de doscientos metros cuadrados y más. Son palabras mayores hablando de camarotes.

—Princesa, ¿de qué reina eres hija? ¿Las princesas trabajan? Ahora fue Selene quien se rio y dijo:

—Las princesas sí, las emperatrices no. Esa Royal Loft Suite es casi el triple que mi piso en Madrid.

—Tiene incluso un piano de media cola, por lo que leí y se ve en la imagen —dijo Adriana.

—Sí, ya lo estoy viendo. ¿Piensas tocar mucho?

—Posiblemente.

—Esas suites son carísimas —dijo Selene.

—Por eso no te preocupes, que no la vas a pagar tú.

—¿Para las dos no nos sirve una más pequeña con dos camas? Hay suites muy buenas y de menor tamaño. ¿Para qué queremos ese enorme campo de críquet?

Llegó el camarero con los entrantes y sirvió la bebida. Cuando se retiró, Adriana le respondió a Selene:

—El tamaño no es lo importante. Lo que no creo es que quisieras un camarote de una sola habitación con dos camas.

—¿Por qué? ¿Acaso roncas o gritas de noche?

Adriana sonrió y le aclaró:

—No. Es que... Dadas las circunstancias, es conveniente que haya dos habitaciones. Sí, he visto que hay suites familiares con dos camarotes en un espacio de unos cincuenta o sesenta metros cuadrados, que podrían haber servido perfectamente. Sin embargo, no tienen piano y el tamaño mayor de esta y otros detalles exclusivos resultaron más convenientes.

—¿Por qué?

—Selene, hay algunos detalles importantes que no te he informado. Uno es que el viaje no terminará al finalizar el crucero.

—¿Cómo que no? No entiendo.

—A continuación está previsto un viaje a Marruecos.

—¡Huy, qué fabuloso! ¿Por cuántos días?



—Es de duración no definida todavía. Muy bien podría ser de quince días, otro mes más o dos o... Todo dependerá de lo que ocurra y de los caprichos que vayan surgiendo.

—Adriana, ¿vas a estar tanto tiempo afuera? ¿No se espera que en junio se publique la segunda parte de la novela de Adolfo, para que esté en las librerías para el verano?

—Así es y aquí voy a estar ocupándome de eso.

—Ahora sí que no te entiendo. ¿Cómo vas a estar aquí y también haciendo el crucero, luego en Marruecos y lo demás?

—Selene, el otro detalle que no te mencioné, el principal, es que no seré yo quien vaya. El crucero no es para mí.

—Pero... Tú... Yo pensé que...

—Tú fuiste quien sacó esa conclusión errónea. Yo en ningún momento mencioné que el viaje era para mí.

—Sí, claro, ya me doy cuenta. En ocasiones tiendo a suponer lo que no es. Debido a esa clase de malos entendidos he tenido algún que otro inconveniente bastante doloroso.

—No me extraña. Lo del viaje es algo que me encargaron investigar —aclaró Adriana.

—¿Quién?

—Adolfo.

Selene se quedó con la cuchara en el aire. La bajó de nuevo al plato y miraba a Adriana con absoluta incredulidad. Cuando logró reaccionar le preguntó:

—Adriana, ¿me estás pidiendo que haga ese viaje con él?

—Sí.

—¿Él y yo solos y en el mismo camarote?

—Sí, aunque no en la misma habitación. Con una suite tan grande y dos habitaciones la intimidad está asegurada.

—Es que... Con él, precisamente, y sola.

—Mujer, ¿de qué tienes miedo? No te va a violar.

—¿Por qué me lo pides? —preguntó Selene seria.

—El porqué me lo reservo. El para qué te lo puedo decir.

—¿Para qué quieres que vaya con él?

—Para que sigas trabajando en la traducción y te asegures de que esté lista al día siguiente de que Adolfo la termine.

—Aquí la puedo terminar mejor. En el buque no podría dedicarle tanto tiempo, de eso estoy completamente segura.

—¿Por qué no? Nada te impide establecer un horario de trabajo de la forma en que más te convenga y amolde. El resto del tiempo lo usas para conocer las ciudades y disfrutar del buque.

—Pues... sí, claro que podría hacer eso perfectamente.

—Selene, una de las cosas que me ha asombrado de ti es la rapidez con la que trabajas. Traduces más rápido que cualquiera que haya visto. Escribes tú más velozmente en ese teclado en árabe que yo en español, y eso que soy rápida. Te sientas en el escritorio y no levantas cabeza. Está muy claro que te apasiona lo que haces y te sumerges en ello. Por eso estoy segura de que podrás disfrutar plenamente de todo lo que el buque y el viaje ofrecen y divertirte, además de dedicarle unas horas al trabajo y tenerlo al día.

—¿Por eso las calificaste como de vacaciones laborales?

—Exacto. Si no sales en enero, para finales de abril te faltará nada para igualar lo que ya tenemos. Para cuando estéis en el crucero, prácticamente irás traduciendo día a día lo que Adolfo vaya escribiendo. Eso es en el caso de que él no la termine antes de mayo, que lo estoy dudando porque ha bajado el ritmo muchísimo y está casi parado.

—¿Y si él la termina antes del viaje y yo finalizo la traducción?

Adriana sonrió y le dijo:

—Si eso sucediera ya lo veríamos. Selene, yo prefiero que estés al lado de él para que no tengas ningún inconveniente con las traducciones. Cualquier duda que te surja la podrás aclarar de inmediato con él. Yo confío en que al estar tú se vea algo compelido a terminarla. Ese viaje tan atravesado, a principios de mayo, cambia algunas cosas para nosotros.

—Si yo tuviera más dudas podría hablar desde aquí con él por teléfono o por videoconferencia —alegó Selene reticente.

—¿Con Adolfo? No, querida. La paciencia y toda la atención que él te ofreció en la reunión de trabajo que tuvisteis, no se podrá dar por teléfono ni en videoconferencia compartiendo el escritorio por Skype o por Outlook.

—¿Por qué no?

—Porque él aborrece los teléfonos y esas cosas. De broma si contesta, y en ese viaje pretende aislarse de todo.

Adriana extravió la mirada en la mesa y sonrió.

—¿Qué cosa te ha hecho gracia? —le preguntó Selene.

—Recordaba una vez en que hablaba por teléfono con él y le dije que tenía ganas de verle la cara. Él no usa teléfonos con capacidad de videollamada ni está conectado a Internet. Por eso le pedí pasar a Skype.

Ahora Adriana no aguantó la risa y Selene le preguntó:

—¿Qué fue lo que pasó? ¿Qué hizo?

—Él, todo complaciente, porque suele serlo, se conectó. Solo que apareció con el rostro cubierto con un hermoso antifaz veneciano, casi como si fuera el fantasma de la ópera. —Ahora rieron las dos—. Es adorable. Pero no sé, está algo raro; no sé qué le ocurre y me tiene muy preocupada. Afortunadamente ya tenemos lista la portada con las pruebas de imprenta aprobadas, cosa que suele tardar bastante.

—¿Quién la diseñó?

—Adolfo. Él mismo saca sus fotografías y diseña y monta todas sus portadas. Nuestro diseñador gráfico realiza el arte final y la maquetación de la portada y contraportada completas. Las revisiones y maquetación del contenido, tanto en español como en árabe, se están haciendo con cada parte que él y tú nos vais dejando listas. De modo que, dadas las circunstancias, no se desperdicia el tiempo y no habrá demoras, así se produzcan algunos ajustes o correcciones finales. Yo quiero sacar esa novela

para el próximo verano. De todos modos no es para suicidarnos si no se logra; la sacaríamos para la campaña de Navidad. Serían cinco meses de jugosas ventas perdidas, pero qué remedio.

—Sí, eso es cierto.

—Hablando de navidades, ¿este fin de año y Reyes te vas para Madrid?

Selene dijo:

—No. Candice Laforet me invitó a Baqueira. Es la amiga con la que comparto el piso. Ella tiene familia allí. Así que aprovecharé esos días para disfrutar de la nieve y esquiar.

—¿También sabes esquiar? Sé que patinas, pero no sabía esto otro. Esquiar es algo que siempre me atrajo, sin embargo, nunca me decidí a aprender. Me daba miedo pensar en lo fácil que se parte una pierna o un brazo. He sido algo miedosa para esas cosas —dijo Adriana.

—Ni es tan difícil aprender ni es tan trágico como lo piensas, porque también te puede pasar eso mismo patinando y casi no sucede.

El camarero regresó, retiró los platos de los entrantes, dejó los platos principales, y se retiró.



## CAPÍTULO 4

### De mujer a mujer

—Mañana te aclararé el resto del itinerario, si es Marrakech nada más o si también será Tánger y Casablanca, algunas otras ciudades o qué —dijo Adriana.

—¿En qué hoteles será? ¿Ya él los tiene elegidos?

—No, y de eso es que quiero que te ocupes también. Que indiquen cuatro estrellas, cinco o siete no importa tanto como que tengan lo que allí se considere de comodidad y lujo.

Selene dijo:

—Sí, eso de las estrellas puede llegar a ser tan engañoso de un país a otro que ya te contaré yo. En Tailandia estuve en uno que decía cuatro estrellas y salí corriendo cuando vi la habitación.

—Ya me contarás eso. En Marrakech ha de ser en algún buen riad. Adolfo fue tajante en ese particular. Dales un vistazo y me dices cuáles te gustan. De lo otro ya te lo diré.

—¿Qué me gusten a mí en Marrakech?

—Sí.

—Adriana, primero me dijiste que eligiera un crucero que me gustara. Ahora es con los hoteles. ¿Para quién es este viaje, para mí o para él?

Adriana sonrió y le dijo:

—Eres adorable. Es para los dos. ¿No vais a ir juntos? Selene, ya he quedado convencida de tu buen criterio y de tu buen gusto. ¿Te parece mal que te diga que los elijas bajo tus criterios y a tu gusto, tal como haría yo misma, y que luego él decida?

—No, por supuesto, de eso se trata. En Marrakech conozco algunos riads y hoteles que ya me hubiese encantado alojarme en ellos. Son como sacados de cuentos de las mil y una noches. Más que hoteles son unas exóticas fábulas orientales en sí mismos, pero estaban lejísimos de mi bolsillo. Son muy caros.

—¿Has estado en Marrakech?

—Sí, hace unos cinco años durante un viaje de quince días a Marruecos. Visité Rabat, Casablanca, algunas pequeñas ciudades en esa costa y finalicé en Marrakech durante cinco días.

—Magnífico, muchísimo mejor. ¿Qué te pareció la ciudad?

—Me gustó mucho.

—¿Y el calor? Escuché decir que es una mierda, todo un suplicio, que hay que estarse duchando dos o tres veces al día.

—Adriana, si fuera en Bahrain, Catar, los Emiratos Árabes y esa zona no te diría que no. En Marruecos, sin embargo, te aseguro que no es peor que estar en Extremadura, en Sevilla o en Murcia en pleno verano. En Marrakech es un calor seco, que lo hace mucho más llevadero, con temperaturas máximas absolutas que podrían rondar los 46 °C en julio y agosto.

—¡Huy, Dios! ¡A mí no me agarran allí! —dijo Adriana.

—Tranquila, que las temperaturas medias se mantienen alrededor de los 37 °C. Yo no tuve problemas en ese sentido, lo llevé muy bien.

—Mujer, ¿qué problema vas a tener tú si eres árabe?

—¿De dónde sacas eso, Adriana? —preguntó Selene riendo.

—De la manera como te vistes algunas veces. Te juro que me parecías una de esas exóticas y preciosas mujeres árabes. Y lo de árabe lo digo por generalizar, no por una situación racial o geográfica concreta. Tienes un fuerte aire a ellas. Si te vistes de la manera adecuada podrías pasar perfectamente por una.

—Sabrás que ya me han dicho eso cuando estuve en Jordania y en algunas otras ocasiones.

—¿Lo ves? No estoy tan equivocada —dijo Adriana.

—Adolfo fue uno de los que me lo dijeron.

—¿Sí? Está bien saberlo.

—Le daré una ojeada a esos riads y también a algunos hoteles típicos marroquíes, que se apartan por completo de lo que conocemos aquí. Veré los precios y te paso una lista.

—Selene, lo de los precios te lo puedes saltar, porque eso no será ni impedimento ni determinante a la hora de hacer la elección. Me preparas el listado, con no más de seis u ocho, y yo se los pasaré para que los vea y decida. Por cierto, ese es el otro motivo por el que quiero que tú vayas en ese viaje.

—¿Cuál motivo? —preguntó Selene.



Llegó un camarero trayendo una cesta con varios panes y se retiró. Adriana le dio un mordisco a uno.

—¡Hum! Qué delicia. Pruébalos.

—Parece *focaccia* muy esponjosa—dijo Selene.

—Algo parecido. Hay con aceitunas, con cebolla y alcaparras y estos otros trozos son con champiñones. Hay que tener cuidado; no porque tengan más aceite de oliva que grasa en cinco churros o una porra, sino porque te descuidas comiéndolos y luego no te logras terminar el plato principal; que aquí los ponen más abundantes que en Asturias, Galicia y Portugal.

—Sí, está muy rico. Nunca había comido este tipo de pan.

—Son exclusividad de este restaurante italiano. Selene, el otro motivo es tu dominio del árabe y del francés. Adolfo habla muy poco francés, lo suyo es el inglés y el italiano. En ese viaje serás su asistente y su traductora y...

Adriana no terminó su frase y siguió comiendo. Parecía no querer decir nada más al respecto y Selene le preguntó:

—¿Y qué más seré en ese viaje?

Adriana la miró a los ojos sin guardarse nada y le dijo:

—Lo que tú quieras, Selene, lo que tú quieras ser. El cielo es el límite. ¿No es eso lo que se dice? Tú verás si quieres llegar

al cielo o seguir lamentándote en tu particular purgatorio, expurgando culpas que ya prescribieron. Tú misma te pondrás el límite, si acaso resultas tan tonta como para ponerte uno.

—Adriana, no creo entender lo que me quieres decir.

—Selene, este viaje será como algo mágico, sin campanadas de media noche que pongan fin al embrujo. En él tú tienes la... cualidad única de poder elegir lo que quieras ser, por más fantástico e inalcanzable que en este momento te pueda parecer.

—Sigo sin comprender. Voy como su asistente e intérprete.

Adriana se encogió de hombros y respondió:

—Allá tú si lo quieres ver de esa limitada manera. Ya te dije que podrás ser todo lo que desees. Solamente has de tener presente una cosa, una única cosa: que eres mágica. Comienza por convertirte tú en lo que anhelas ser, que lo demás lo tendrás de inmediato por simple atracción de lo semejante. Recuérдалo cada minuto y que fui yo quien te lo dije. Cuando estés en el buque entenderás lo que te quiero decir, y comprenderás que no tienes motivos para detenerte por nadie.

—Estoy un tanto confundida. Tendré muy presente tus palabras, aunque en este momento no las entienda. Adriana, hay algo que quisiera que me aclararas: ¿esto me lo estás ordenando?

—No, de ninguna manera. Laboralmente no puedo obligarte a ir, porque no está dentro de tus funciones ser la asistente de ninguno de los escritores ni de nadie. Tú no eres la secretaria ni empleada de Adolfo. —Ahora Adriana sonrió, sabría ella por qué motivo—. Selene, yo no te lo puedo exigir desde ningún punto de vista y mucho menos como mujer. Te lo estoy pidiendo como un favor, uno muy personal. Quizás debería decir, de manera más apropiada, que te estoy ofreciendo esa oportunidad de hacer lo que te gusta tanto, que es viajar y conocer lugares. Además de disfrutar de treinta y un días completos de crucero a todo lujo, para que no te sepa a poco, más lo que venga luego. ¿No dijiste que me envidiabas en eso?



—Sí, lo dije. Fue solo que...

—¿Qué? —preguntó Adriana.

—Que contigo como compañera era algo muy distinto.

—Pero con Adolfo no. ¿Es eso?

—Sí, de eso se trata.

—Dime algo. ¿Te resultó tan difícil estar reunida con él?

Selene revolvió el *risotto* con el tenedor y respondió:

—Al principio fue algo tenso por mi parte. Por la suya no estoy segura. Creo que también. Luego, a medida que nos fuimos centrando en la novela se me olvidó todo lo que yo... Fue como revivir ciertos momentos pasados cuando nosotros...

Selene perdió la vista en su plato de *risotto*. Adriana estiró el brazo a través de la mesa y le levantó la barbilla.

—Selene, yo no sé lo que ocurrió entre vosotros dos ni te lo preguntaré jamás. No es necesario. Lo que me interesa es el ahora, tanto porque trabajas para mí como por motivos personales míos, que quizás no sean los que piensas. Soy mujer y hay algo que ya me ha quedado muy claro. Termina de decirme.

—Me sorprendió que él aceptara de tan buen grado mis sugerencias para la traducción, además de que decidiera modificar su original. Ahí me di cuenta de que él...

Como ella volviera a callar, Adriana preguntó:

—¿De que él no te odia, no te aborrece ni siente animadversión de ningún género contra ti?

—Sí.

—Y de que ni siquiera te ha olvidado.

—Sí —volvió a decir en un susurro.

—¿Y si yo te hubiera dicho que este crucero sería acompañando a Enrique Santander o a cualquier otro de nuestros escritores más jóvenes? Incluyendo a Fernando Lozano que no deja de darte vueltas, soltarte piropos y buscarte de todas las maneras posibles.

—Eso no hubiera hecho diferencia en mi reticencia.

—¿Estás segura de ello? Porque yo estoy muy convencida de que tu negativa hubiera sido inmediata y tajante con ellos. Sé completamente honesta. No conmigo, sino contigo misma; venga, Selene. ¿Hubieras ido con alguno de ellos?

—No, jamás.

—Lo sabía, porque yo en tu lugar hubiera hecho lo mismo. Sin embargo, todavía no te has negado a ir con Adolfo, con todo y el aborrecimiento tan profundo que le tienes. O que tú crees tenerle. Selene, te lo he puesto muy sencillo: no vas a estar con él en la misma habitación ni te estoy pidiendo que duermas en su misma cama.

—Será en el mismo camarote.

—Pues mira tú, si la única traba que me pones es el hecho de compartir el mismo camarote, por grande que sea, todavía se puede cambiar. Reservo una Royal Suite de una habitación para Adolfo solo, que él no tiene ningún capricho en esa, y reservo un camarote para ti. ¿Preferirías viajar en uno normal en lugar de disfrutar de esa gran suite de lujo, piano y mayordomo incluidos, compartida con él?

Selene se quedó dándole vueltas al *risotto*.

—Ir en una de esas suites con servicio VIP ha de ser una experiencia única, sobre todo durante tantos días. Un verdadero sueño hecho realidad; uno que yo nunca podría tener y que quizás jamás se me volverá a presentar.

—Pues no seas tonta y no te lo pierdas, que te lo estoy ofreciendo —dijo Adriana—. Será el mismo camarote, pero recuerda lo grande que es y que son dos habitaciones separadas en dos pisos. ¿Sabes? Ahora soy yo la que digo que te envidio, en cierta forma. Estar un mes completo con él... más las otras semanas... Yo nunca llegué a tener tantas seguidas.

La copa de vino que Adriana se llevó a los labios, no logró ocultar aquella sombra de amargura que le ensombreció el rostro un poco. Selene dijo:

—¿Me permites hacerte una pregunta íntima?

—Suéltala.

—Es que no sé si pueda ser indiscreta.

—Querida, algo que una aprende en este negocio, cuando tienes que lidiar con la prensa y con personas de toda clase, es que no hay preguntas indiscretas, sino respuestas indiscretas. Una misma es quien decide responderlas o no. Pregunta.

—¿Estás enamorada de él?

Ahora Adriana se quedó mirando a ninguna parte, con una sonrisa triste en los labios.

—Selene, te voy a confiar algo en total intimidad, de mujer a mujer y porque eres tú. Adolfo es un hombre con quien, si logras llegar tan lejos como para tener relaciones sexuales ha de ser una sola vez, dos como máximo.

—¿Eso por qué?

—Porque a la tercera te enamoras de él, si acaso no lo hiciste ya a la segunda. Te dejo claro que no lo estoy diciendo porque él sea un viril amante excepcional, con tres testículos ni nada de particular, sino por otras razones más emotivas. Yo llegué bastante más allá de esas tres primeras y nunca llevé el conteo del resto. Para más, ya me había enamorado de él antes de la primera, que tardó bastante en llegar, no te creas. Adolfo no es un hombre con el que te acuestas en la primera cita. Ni siquiera en la segunda o en la cuarta. No te lo llevarás a la cama a menos que él sienta algo fuerte por ti, más allá del atractivo físico.

—¿No te lo llevarás? ¿No son ellos quienes nos llevan a nosotras a sus camas? —preguntó Selene.

—Me encanta tu ingenuidad. Es parte de tu dulzura y que te hace tan atractiva. Las dos tenemos la misma edad, pero cuántas horas de vuelo te faltan a ti. Las mujeres podemos ser unas depredadoras más eficaces que los hombres, porque tenemos todas las armas para ganar, y ellos en seducción no nos pueden dar clases. Las hay que tienen las cachas de sus revólveres tan

llenas de muescas que no les cabe una más. Tienen la alcoba, la cocina y el salón atiborrados con trofeos masculinos, y un grueso libro contable lleno con los orgasmos que han alcanzado. Algún día podría cruzarse una de esas en tu camino. Sería bueno que logaras reconocerla a la primera y sepas cómo neutralizarla, porque será un gran riesgo para ti.

—¿Por qué me dices eso?

—No lo sé, Selene, realmente no lo sé. Quizás sea por la gran dosis de hermosa ingenuidad que noto en ti, que te hace tan adorable, como te dije. Selene, Adolfo no es de los hombres que se llevan las mujeres a la cama. Jamás tomará esa iniciativa por mucho que él sienta algo intenso por ti, aunque te esté deseando desesperadamente.

Selene, claramente confundida, le preguntó:

—¿Por qué no, si me dijiste que no es tímido ni quedado?

—No se trata de eso. ¿Durante cuánto tiempo lo conociste?

—No lo sé. Un año o algo así. Fue de trato nada más.

Adriana sonrió ante la aclaratoria.

—¿Y en ese tiempo no te diste cuenta de eso?

—Es que si sumo lo esporádico que eran aquellos encuentros y el poco tiempo de cada uno, quizás no llegaría ni a totalizar un par de días completos, a pedacitos.

—Eso y nada fue lo mismo. Selene, si a Adolfo le interesa una mujer, de alguna manera profunda, él preferirá más tenerla como amiga que perderla como amante, si se equivoca.

—¿Eso por qué?

—Porque si él la ama puede pasar sin acostarse con ella, mas no querrá renunciar al profundo placer de verla y de conversar, aunque sea a ratos y de manera esporádica; por eso. Él puede sobrellevar muy bien las terribles inquietudes de un amor platónico sin demostrarlas.

—Entonces él no... Eso fue lo que...

Selene calló y volvió a su actitud ensimismada. Adriana dijo:

—Por otra parte, si a una le interesa él, no vale de nada hacerle señales sutiles como nosotras acostumbramos, al menos en España, porque en otras partes las mujeres son más directas. Que aquí nos pareciera que si somos más explícitas con nuestros sentimientos y deseos, nos dará un ataque violento de apoplejía o de asma sin tener el inhalador a mano. A él tienes que hacerle ver con mucha claridad que le das paso, que lo deseas también. ¿Por qué te crees que era la actitud de Magdalena? Ella hace ya tiempo que se dio cuenta de eso, que si alguien conoce a los hombres es ella. Tiene toda una maestría y va para el doctorado.

—¿Es por eso por lo que escribe novelas románticas tan eróticas? —preguntó Selene.

—En ese aspecto, ella es una maestra dando clases por escrito.

—Es bueno saberlo. Tendré que leerme mejor su novela.

Ahora Adriana sonrió.



Llegaron dos mujeres que la saludaron y conversaron durante un momento. Se fueron a sentar en una mesa y ella continuó con lo que le estaba diciendo a Selene.

—Hay muchas cosas que Adolfo deja a la iniciativa de la mujer y esa es una; la más importante, a mi parecer. El otro día en el desayuno me preguntaste si yo necesitaba consuelo. Dímelo tú, si estoy consciente de que con él no puedo llegar a nada más. Ya no solo al matrimonio, sino tan siquiera a convivir juntos de manera estable.

—¿Por qué no?

—Porque él no es un hombre libre.

—¿Está casado o se comprometió con otra?

—No. El jamás podría ser un adúltero y sería incapaz de engañar de esa manera a una novia o a una prometida.

—¿Entonces?

—Es que su corazón le pertenece a ella —dijo Adriana.

—¿A quién?

—A esa ella que él busca, sea quien sea.

Selene volvió a quedar pensativa y preguntó:

—¿Él está contigo en estos días? Por lo que te entendí, pensé que él aquí vivía contigo. Pero como dijo que llegó a un hotel.

Adriana se quedó mirando sus canelones rossini como quien mira nieve encima de una castaña de indias, y comentó:

—No les encuentro gusto hoy. Quizás debí de ordenar un *risotto* también.

—Este risotto ibérico está de muerte. No había comido uno tan cremoso y bueno, con tanto sabor. Me encanta un risotto. De hecho, prefiero los arroces mucho más que las pastas.

—¿También en eso? —preguntó Adriana.

—¿Cómo que también en eso? No entiendo.

—Descuida, estaba pensando en otra persona. No, Selene, esta vez Adolfo no está conmigo como solía hacer cuando venía a Barcelona. Le he pedido que se venga a mi apartamento, pero él no ha querido dejar el hotel. Esta vez... es distinto.

—¿Por qué esta vez?

—Eso no estoy en capacidad de decírtelo.

—Quizás esté con Magdalena —opinó Selene.

—A ella le gusta Adolfo. Desafortunadamente para ella se tendrá que conformar con conversaciones entre algunas sardinas, mariscos y unas copas de vino.

—Me pareció que tenían algo.

Adriana dijo:

—Si lo tienen o no yo no lo sé, porque no voy husmeando en la vida de las personas. Adolfo es extremadamente discreto y Magdalena, por más extrovertida que sea, no va por ahí cantando sus hazañas amorosas como los juglares y trovadores hacían con las caballerescas. Es posible que hayan tenido algo esporádico en alguna ocasión; no lo descarto, aunque yo lo dudo bastante.

—¿En qué te fundamentas para pensar eso?

—En que Adolfo ya estaba conmigo mucho antes de conocerla a ella, y no es un picaflor que sale con varias mujeres. En esta ocasión... Si Adolfo no está en mi cama, tampoco en la de Magdalena. Esta vez ha resultado todo diferente. Adolfo está muy distinto, por eso es el viaje que decidió hacer.

—En la fiesta, Magdalena estaba tan segura de sí y tan provocativa con Adolfo que pensé que...

—Selene, es bien obvio que ella lo busca, porque no se contiene en manifestarlo y es una mujer hermosa. Pero ni ella viaja a Madrid para estar con él ni él viene a buscarla. Además, ahora le salió una fuerte competencia.

—¿Te refieres a Victoria?

—A ella misma. Con sus veintiocho años es toda una seductora. Ella sí que no se anduvo con cuentos desde el principio. Lo primero que dijo, en cuanto lo vio, fue para hacerle saber el interés que tenía en él. ¿Lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo muy bien —dijo Selene.

—Las señas que Victoria le envió a Adolfo fueron de lo más claras: le estaba dando paso a todo lo que él quisiera. Ella no se iba a quedar con las tetas dentro del sostén ni con las piernas cerradas, que bastantes ganas tenía de abrirlas esa noche. Aunque si lo terminó haciendo sería con otro y no con Adolfo, porque yo fui quien lo llevó a su hotel.

—Sí, me quedó claro lo que ella quería, demasiado claro. La invitación tan concreta que le hizo para ir a Benicarló no era para dormir en habitaciones separadas —dijo Selene.

Adriana se la quedó mirando muy sonriente y le dijo:

—Si yo le ofreciera a Victoria lo que te estoy ofreciendo a ti, ¿sabes qué sería lo primero que ella me diría?

—No alcanzo a figurármelo.

—Ella diría que en esa suite sobra una habitación.

Selene sonrió también y dijo:

—Sí, es muy probable que lo dijese.

—En cuanto a Magdalena, yo conozco las ganas que le tiene a Adolfo. Pero si acaso hay algo entre ellos, nunca podrá ser nada más serio y estable que una amistad entre un hombre y una mujer. Porque si antes Magdalena no tenía la menor oportunidad, ahora mucho menos.

—¿Por qué ahora no? ¿Por causa de Victoria? ¿Qué edad tiene Magdalena, cuarenta o cuarenta y uno? Victoria es mucho más joven y eso atrae a los hombres —dijo Selene.

—No, no es por ninguna de ellas, no pintan nada. Es por el mismo motivo por el que ya Adolfo no está conmigo, ni estará con ninguna otra que no sea ella, la mujer que él está buscando.

—Ya, esa misteriosa mujer imposible, esa rosa azul que ni siquiera existe.

—¡Oh, sí que existe!

—¿De verdad?

Adriana le aclaró:

—Sí, no es una fantasía de Adolfo, es una mujer muy real, demasiado real ahora, lamentablemente para mí. Quizás el resto de su vida, desde hace unos cuatro años hacia atrás, él estuvo en la búsqueda de un ideal o de yo qué sé. Sea lo que haya sido que él buscaba en una mujer lo encontró.

—Si es así, ¿qué pasó?

—¿Tú me lo vas a preguntar a mí? —Adriana bebió un trago de vino—. Yo no estoy al tanto de lo que pasó. Lo único que sé es que le rompieron el corazón por completo y todavía no se recupera. Fui a Madrid a verlo porque él no venía ni llamaba ni me contestaba; me lo encontré vuelto mierda en su apartamento, sumamente deprimido e irreconocible por completo.

—¿Fue un desengaño amoroso? —Adriana se encogió de hombros y Selene quedó pensativa de nuevo—. ¿Cuándo dices que ocurrió?

—En Madrid hace unos tres años o poco más —dijo Adriana.

—¿Tres años?



—Y ahora se acaba de dar de narices con ella que, prácticamente, lo abofeteó de una forma sumamente desagradable.

A Selene se le cayó el tenedor de la mano y sonó sobre el plato.

—Yo no quise...

Adriana, como si no se hubiera dado cuenta de ello, prosiguió diciendo:

—Por eso es que con él no sirve de nada intentar llegarle al corazón, porque ya no lo tiene. O le llegas al alma o te quedas afuera como una simple amiga. Quizás amiga con algunos derechos, como yo, pero hasta ahí. Aquella vez me costó mucho trabajo sacarlo de Madrid. Logré traérmelo y que se fuera recuperando. En ocho meses no agregó ni una letra a la novela que estaba escribiendo, que era la de *Nunca dije que te amaba*; precisamente esa. Mejor puesto no pudo estar. Se dedicó a su otra pasión, que fue la que logró mantenerlo a flote y terminar devolviéndomelo. No es sencillo, Selene, no es nada sencillo.

—¿Qué cosa no es sencillo?

—Estar enamorada del hombre con el que convives y amas, y saber que no eres la única y exclusiva en su corazón, que hay otra mujer que tiene más fuerza que tú. Es una amargura que está siempre presente y no deja de atormentarte, porque te preguntas si ella se merece un amor tan grande. —Selene perdió la mirada en el arroz de su plato, en el que parecía encontrar refugio momentáneo. Adriana dejó los cubiertos y dijo—: Yo me conformé con esas migajas porque eran muy suculentas y peor era no tener nada. Posteriormente, en noviembre, hace poco más de un año, como un preaviso sucedió algo que hizo que me diera cuenta de que, tarde o temprano, terminaría por quedarme sin esas dulces migajas de miel y almendras; que es lo que ahora está sucediendo. No obstante, yo me aferré al día a día y a lo que tenía, que aunque no era pleno me hacía dichosa.

—¿Es por eso por lo que no has tenido hijos con él? ¿Te has cuidado para evitar embarazos? —le preguntó Selene.

—No, con él no es necesario.

—¿Por qué no? ¿Es míster condón?

—Para nada. Es porque para una mujer él es un hombre seguro en todos los sentidos: tiene una vasectomía.

—¿Nunca podrá tener hijos?

—Selene, no soy médico, no sé si se puede revertir o no porque nunca le pregunte. En todo caso, los espermatozoides están allí, no han desaparecido. Si acaso han muerto de algo será de aburrimiento o de frustración por no poder salir para cumplir con sus funciones. No hay más que extraerlos e inseminarlos.



Llegó una mesonera y le preguntó a Adriana:

—¿Qué pasa? ¿No estaban bien los canelones?

—No es eso, Irina; los canelones están tan bien como de costumbre, soy yo que ando algo rara hoy.

—Así ha de ser para que pierdas las ganas de comer tus canelones favoritos. ¿Tampoco quieres postre?

—Sí, eso sí, a ver si me endulzo un poco la vida, que lo estoy necesitando. Tráeme una crema catalana con la cubierta bien crujiente y quemadita, como aquí la sabéis hacer.

—¿La señorita no va a comer más?

—Qué va —dijo Selene—. Con el entrante y el pan ese tan rico y peligroso que comí, y eso que Adriana me advirtió, no me puedo terminar este risotto tan enorme. Prácticamente es para comérselo como plato único.

—¿Un postre?

—Sí, el pudín con nata y caramelo; no lo perdono.

—Es de la casa y está exquisito, se lo aseguro. ¿Café?

Las dos asintieron, la joven se alejó y Selene le dijo a Adriana:

—Pues yo me confundí bien confundida. Pensé que el hecho de que Adolfo y Magdalena sean escritores podría contribuir a unirlos, ya que tendrán bastante de qué conversar. Supongo que es una buena manera de llegar al corazón de él.

—No lo creas, no en el caso de Adolfo —aclaró Adriana—. A él le agrada hablar de sus novelas, son su amor y a mí me encantan. Soy su correctora exclusiva. A través de ellas se puede acariciar su hermoso corazón. Pero la mujer que desee llegar a su cama tan solo o a su corazón ya perdió de antemano. Aunque lo logre, no conseguirá de él más que una excelente amistad y algo de buen sexo, que él ni es monje ni un santo varón.

—Eso me suena raro. ¿Por qué lo dices? —preguntó Selene.

—Porque para conquistar a Adolfo hay que llegar a su alma; el corazón es solamente el cortafuego porque, como te dije, el de él quedó hecho pedazos. Adolfo tiene una pasión secreta que es muchísimo mayor que la literatura, y que muy pocos tenemos la dicha de conocer; una pasión que es la vía para llegar a su alma. Es algo que yo no le diría a ninguna mujer porque es cuchillo para mi garganta. Pero ya que estoy degollada y desangrándome... ¿Quieres saber cuál es?

—Si ese secreto es tan importante que no se lo dirías a ninguna mujer, ¿por qué a mí sí?

—Selene, ¿tanto te cuesta aceptar lo que te ofrecen sin pedirte nada a cambio? No me preguntes por qué lo hago. Solamente contesta: ¿quieres saber cuál es esa vía o no?

Adriana se la quedó mirando directamente a los ojos, estudiando las más mínimas reacciones de Selene. Le quedó claro el intenso debate que hubo dentro de ella. Fue una callada lucha entre Eros y Tánatos, breve, aunque intensa, que se produjo mientras Selene le sostenía la mirada. Hubo un resultado en aquella lucha interna porque, finalmente, ella le respondió:

—Yo... —Bajó la mirada y dijo con voz débil—: Sí.

Dentro de Adriana se rompió algo, aunque también algo más luminoso sonrió. Le dijo:

—Selene, la única vía para llegar más allá del corazón de Adolfo y tener alguna oportunidad para alcanzar su alma, es a través de la música.

—¿Con música? ¿Es un melómano?

—Él... —Adriana quedó pensativa unos momentos—. Con la música él se convierte en otro; alguien a quien es muy fácil amar y llegarle al alma. La música lo desnuda.

—¿Y cómo es que tú no lo has logrado si eres pianista?

—¿Pianista yo? ¡No, que va! —dijo Adriana.

—Pero en tu apartamento tienes un magnífico piano vertical Steinway & Sons K-132. Por eso pensé que tocabas.

—No, Selene, no tienes idea de cuántas veces lo he lamentado durante estos últimos años, pero yo no toco ni la flauta dulce. Bueno, ni la pandereta —dijo Adriana—. No sé cuál es la octava central ni qué nota musical representa una C o una G. Ese piano... Eso fue un regalo que me hicieron. Queda muy bien como decoración y para que algún amigo lo toque y me deleite. Yo desconozco la diferencia entre un bemol y un sostenido, no soporto una zarzuela y aborrezco la ópera.

—¿Por qué? La ópera es bellísima —dijo Selene.

—¿Sí? Lo dirás tú. De esas sopranos, algunas pegan unos chillidos tan agudos como si fueran un gato al que le pisaron la cola; otras me parecen gallinas cacareando para anunciar que pusieron un huevo.

Selene soltó la carcajada y dijo:

—Tienes cada cosa.



Regresó la mesonera trayendo los postres y se retiró.

Adriana dijo:

—Selene, todavía no me has dicho si aceptas ir en ese viaje, en las condiciones que te indiqué. En este caso no puedo tomar tu silencio como una aceptación. Necesito una respuesta concreta. Sin embargo, no lo hagas en este momento. Piénsalo. Consúltalo con la almohada, con tu panda de peluche o con quién sea el confidente de tus sentimientos más profundos. Como te dije, ese viaje no es ninguna imposición que te hago,

sino una petición como un favor muy personal que te agradeceré durante toda la vida.

—Adriana, no me has dicho el motivo real para eso.

—Ni te lo diré. Tengo miedo de algo, Selene, algo que no sé lo que es y no quiero que Adolfo vaya solo en ese crucero por tanto tiempo. Pero lo que más me inquieta es que vaya precisamente a Marrakech.

—¿Por qué razón?

—Por cosas que la noche cuenta y que no te debo decir porque no me pertenecen. No puedo impedirle ninguna de las dos cosas, y tú y solamente tú eres la persona más idónea para acompañarlo. La única persona a quien yo se lo pediría, porque tú eres la única que quizás pueda tener una oportunidad de salvarlo.

—¿Salvarlo? Adriana, me estás asustando. ¿Salvarlo de qué?

—Del destino que él está buscando.





## CAPÍTULO 5

### Una mujer necesitada de consuelo

Esa noche, Adriana y Adolfo caminaban por la acera después de salir del restaurante en el que habían cenado. Llegaron hasta el auto que ella tenía aparcado y Adolfo le dijo:

—No es preciso que me lleves al hotel, queda algo lejos y es tarde; puedo tomar un taxi.

—Adolfo, no es a tu hotel adonde quiero llevarte, sino a casa. Ven conmigo, por favor, estamos en Navidad.

—Adriana, yo...

—Lo sé, lo sé —dijo ella abrazándolo—. No pretendo quitarte nada, competir ni sustituirla a ella porque sé que es imposible; mucho menos ahora que ha entrado de nuevo en tu vida. Tú no la estás traicionando en nada porque no la tienes ni la has tenido. Ella no es tuya, no todavía. Hasta que eso suceda quédate conmigo. Ven a casa, por favor, te extraño y te necesito esta noche. ¿Acaso dos corazones necesitados no pueden darse mutuamente un poco de calor y consuelo? ¿Qué mal hay en ello?

Adolfo sabía que ella tenía razón. Él no podía dejar con lágrimas aquellos hermosos ojos ni sin respuesta aquella súplica tan sincera. Los dos se besaron en la acera.



A la mañana siguiente, luego del desayuno, sentados los dos en la sala y todavía en bata de casa, Adriana le dijo:

—Aprovechando la experiencia de Selene la dejé encargada de lo relativo a las reservas del crucero, el viaje a Marrakech y

la selección de los riads, que todavía no me has dicho si será solamente esa ciudad ni cuánto tiempo piensas estar.

—Aparte del crucero, de momento solo tengo en mente ir a Marrakech, quizás por tres semanas o un mes.

—Hay algo que quería pedirte al respecto.

—¿Qué es? —preguntó Adolfo.

—Llévala contigo.

—¿A Selene?

—Sí.

—Adriana, tú, precisamente tú ¿me estás pidiendo que lleve a Selene conmigo?

Adriana se le echó encima y lo besó con desesperación.

—Si por mí fuera te pediría que me llevaras a mí. Yo lo dejaría todo atrás sin importarme nada. Sin embargo, tengo los pies colocados en la tierra, sé bien lo que ocurre en tu corazón y cuál es mi posición. La he tenido muy clara desde hace muchos años y llevo uno completo esperando por este momento. Es por eso por lo que no te lo pediré. Lo que hemos tenido ha sido muy hermoso. Yo recuerdo cada minuto a tu lado, cada gesto tuyo, cada caricia, cada palabra. Me has hecho muy feliz y eso no se puede borrar ni romper. Eres libre. Conmigo siempre lo has sido y no será ahora que pretenda amarrarte a mí. Yo también quisiera quedar libre de este hermoso amor, y hay una sola manera en que quizás lo lograré: lleva a Selene contigo.

—Adriana, yo jamás se lo pediría, lo sabes bien.

—Sí, y por lo bien que lo sé es que fui yo quien se lo pidió.

—¿Le has pedido que haga este viaje conmigo?

—Lo hice ayer.

—¿Por qué, Adriana, por qué?

—Hace un año, yo no te pregunté por qué me pedías aquello para ella. Lo hago por dos motivos: uno es que estás muy raro, ausente por completo y me tienes muy preocupada. Te estás retrasando en terminar la novela y ni siquiera sé cuántos capí-



tulos te faltan. Creo que ni tú mismo lo sabes. En condiciones normales la hubieras terminado hace semanas, en tres o cuatro de esas largas sentadas de ocho y diez horas que tú te metes.

—En el buque podré tener la tranquilidad mental para hacerlo. Quiero desconectarme de todo y lo lograré a bordo. Para eso voy o no conseguiré terminarla para cuando tú la quieras.

—Adolfo, te conozco bastante bien. El encuentro con Selene en la noche de la cena te afectó mucho debido a su actitud, que para ti fue peor que un par de bofetadas. No te lo esperabas ni lo merecías. Eso era lo que tanto temías que sucediera y sucedió. Da igual que estés aquí o en Madrid, que el buque esté en Cannes, en Atenas, en Estambul o en Odesa. Tú seguirás sin poder concentrarte mientras tu cuerpo esté allí y tu mente esté aquí atormentada, y no conmigo precisamente. Solo si Selene está junto a ti podrás tener el cuerpo y la mente en el mismo lugar y luchar esa batalla. Si acaso tienes todavía una oportunidad será estando junto a ella, no alejado.

Adolfo se levantó del sillón y se acercó al ventanal que permitía una gran vista de Barcelona.

—¿Cuál es el otro motivo?

Adriana se acercó a él y lo abrazó por detrás.

—Que no quiero que sigas solo, amor mío, no deseo eso. Tengo miedo, Adolfo, tengo mucho miedo por ti y ese viaje a Marruecos.

—¿Eso por qué?

—No lo sé bien; intuición de mujer.

—Adriana, no puedo llevarla. Selene y yo...

—¿No puedes o no quieres?

—En este momento no le encuentro la diferencia. No me lo pidas.

—¿Por qué no?

—¿Ella aceptó? —preguntó él evadiendo la respuesta.

—No me ha respondido todavía.

—No aceptará.

—¿Qué te hace suponer eso?

—No me quiere ver ni en pintura. El sábado me lo dejó muy claro —dijo él.

—Eso fue lo que pareció cuando llegaste. Sin embargo, no fue lo que yo vi luego, esa misma noche. ¿Por qué crees que te odia? Es algo que nunca me has dicho. Evitas hablar de ella.

Adolfo fue hasta el piano vertical, levantó la tapa y sus dedos caminaron sobre el teclado. Volvió a bajarla, suspiró y dijo:

—No lo sé, Adriana, no sé los motivos. Me gustaría mucho conocerlos. No sé qué fue lo que hice.

—¿Tú, no ella?

—He tenido que ser yo, porque Selene hubiese sido incapaz de reaccionar como lo hizo si yo no hubiera dado motivos.

—¿Qué lo originó? —preguntó Adriana.

—Creo que fue un mal entendido cuando ella quedó sin trabajo, un maldito malentendido que jamás tuve la oportunidad de aclarar. En cierta forma fui acusado, enjuiciado, sentenciado y condenado sin jurado; sin yo estar presente y sin darme una sola oportunidad de defensa. Eso fue lo que pasó. Los motivos no importan, ya no, porque no puedo hacer nada. Por eso asumo que ella no aceptará lo que le hayas propuesto.

—Yo discrepo de tu opinión —dijo Adriana.

—¿Por qué razón?

—Porque estoy segura de que ella aceptará.

—¿Qué te hace pensarlo?

—Lo que he apreciado como mujer. Adolfo, me parece que estás equivocado, muy equivocado respecto a lo que está ocurriendo con Selene. Ella... está como tú. Tus sentimientos atormentados no te dejan percibirlo con la claridad suficiente.

—¿Por qué lo dices?

—Soy mujer. Si lograras echar a un lado tus temores y escucharas a esa enorme intuición que tienes, te darías cuenta de lo

que en realidad hay con ella y contigo compartiendo el mismo tormento. —Adolfo le dio un vistazo a su reloj y ella le preguntó—: ¿Tienes prisa por ir a alguna parte o es por escapar de mí?

—Adriana, yo no intento huir de ti. No me vuelvas a decir eso. Tampoco tengo nada planeado para hoy.

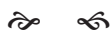
—Entonces déjame planearlo yo.

Ella se quitó la bata, él la abrazó y le dijo:

—Adriana, yo también recuerdo cada minuto pasado a tu lado, cada gesto tuyo, cada caricia, cada palabra. Agradezco el día en que nos conocimos y, mucho más, aquel en que dormimos juntos la primera vez. No sé qué hubiera sido de mí sin ti. Tú también me has hecho muy feliz y, como dijiste, eso no se puede borrar ni romper ni yo pretendo hacerlo.

—Entonces tómame y ámame porque soy lo que tienes en este momento. Quiero tenerte cuanto pueda porque tan solo existe el ahora, que es lo único que tenemos. El mañana es nada más que una posibilidad que quizás no llegue para alguno de nosotros dos. Quédate conmigo este fin de semana. Mejor aún, no sigas en la soledad del hotel atormentándote, quédate aquí estos días hasta que te marches, cuando quiera que sea. No me lo niegues, amor mío, no me lo niegues, que es tan poco lo que te pido y nos estamos despidiendo.

Él la besó y acarició. No le podía negar nada de aquello que, al fin y al cabo, le costaba tan poco y lo ayudaba a olvidar.



El lunes en la mañana, Selene entró en la oficina de Adriana.

—Buenos días.

—Selene, buenos días.

—¿Qué tal estuvo el fin de semana?

—Estupendo, ahora sí; me di un paseo por las nubes. No podía pedir más —dijo Adriana.

—*Un paseo por las nubes* es el título de una película. ¿La estuviste viendo?

—No, la vi hace tiempo y es muy linda.

—Aquí tengo un listado de nueve hoteles y riads que me agradaron. Hubiese querido reducirlo más y no lo logré. Los saqué de entre los que están considerados como los mejores de Marrakech, y que a mí me parecieron interesantes. Unos los conozco. Otros fue un palizón ir viendo fotografías y videos del entorno en que están, de las habitaciones, suites y villas.

—Me lo imagino y te agradezco haberme librado de ese trabajo —dijo Adriana.

—Cuatro alojamientos son en la propia ciudad y cinco en las afueras, en la hermosa zona que llaman El Palmeral. Los hoteles no tienen nada de tradicionales. Se apartan del concepto de un enorme edificio. Aquí están los nombres, algunas fotos y las direcciones Web para que puedas verlos en detalle, habitación por habitación.

—Magnífico, te lo agradezco. Las cosas se nos facilitan porque el viaje será a Marrakech nada más. O por lo menos lo es por ahora. Después de qué estéis allí quién sabe lo que pasará. A ver, dime cuáles te gustaron más.

—Esos tres riads que están marcados. Dos de ellos se encuentran situados dentro de la propia medina y el otro fuera de las murallas, aunque cerca. En El Palmeral me gustan estos dos hoteles con villas privadas, enormes piscinas, extensas áreas verdes y campos de golf.

—Ven por este lado. Enciendo el ordenador y los vamos mirando de una vez. Así me explicas los criterios que has tenido para tus decisiones. ¿Te parece?

—Como quieras.



Casi una hora más tarde, Adriana dijo:

—Todos son preciosos, realmente fastuosos, muy exóticos y de un extraordinario buen gusto en la decoración tradicional marroquí. No es fácil decidirse por uno. Te alabo el gusto, por-

que esos tres son una verdadera belleza. Las habitaciones, suites y villas son espectaculares, dignas de un sultán o de un rey y la privacidad es total. Esa piscina interior rodeada de columnas con arcos árabes que tiene este riad, es sencillamente deslumbrante, de ensueño.

—Ese lo visité personalmente cuando estuve y me subyugó. Me produjo un sentimiento muy peculiar. Fue como si lo conociera de antes. Estuve intentando recordar de qué. Aunque es como si le faltara algo.

—Pues para mí está perfecto tal cual está. Yo elegiría ese riad, con los ojos cerrados, sobre todo esta habitación en particular. También podría ser este hotel en la ciudad.

—Adriana, ¿ya les viste los precios? Son para artistas de cine y millonarios.

—Y para escritores millonarios. ¿No te parece?

—Sí, también, se me olvidaba —dijo Selene.

—¿No te gustaría estar unos días alojada ahí y sentirte como una artista de cine o como una princesa?

—¿A quién no?

—Mira este, Selene. El enorme entorno de jardines y zonas verdes que tiene es como para perderse paseando. Es perfecto para unos novios, unos recién casados o para unos amantes.

—Adriana, los enamorados no necesitan de esos jardines, tienen de sobra con la habitación, sobre todo si es una gran suite, una villa o un riad para ellos solos.

Adriana se rio y dijo:

—Sí, mujer, yo lo digo por la parte romántica. Veremos qué opina Adolfo. ¿Descansaste bien el fin de semana?

—Sí, ¿por qué?

—¿Qué te dijo tu osito panda?

—¡Ah!, ya. Sí, ya tomé una decisión en cuanto a lo que me pediste —dijo Selene.

—¿Y cuál ha sido?

—Acepto ir.

—¿En camarotes separados o en la royal suite?

—En la suite.

La sonrisa de Adriana fue magnífica y dijo:

—No esperaba menos de ti. Ha sido una decisión muy inteligente por tu parte, te lo aseguro. Casi podría pronosticar que jamás te arrepentirás.

—Hay una sola cosa que quiero preguntarte al respecto.

—Lánzala.

—¿Fue...? ¿Fue él quien te lo pidió? —preguntó Selene.

—¿Qué crees tú?

—Yo... Yo prefiero no pensar nada en ese sentido.

—¿Eso marcaría alguna diferencia en la decisión que tomaste? —Selene se encogió de hombros—. No, no fue él. El que lo acompañaras fue idea mía.

—¿Tuya?

—¿Habrías preferido que hubiera partido de él? —Selene se frotó las manos y Adriana sonrió. Como la otra no decía nada, ella le dijo—: Está bien, no lo digas, no es necesario. Quizás ni tú misma lo sepas todavía, aunque yo sí conozco la respuesta. ¿Por qué te interesaba saber si fue él? —Selene volvió a retorcerse las manos, todavía nerviosa—. ¿No me lo quieres decir?

—Tengo miedo de que él me rechace.

Selene rompió a llorar en silencio. Adriana la abrazó y le dijo:

—Conque es eso. Menos mal. Pensé que se trataba de un difícil caso de orgullo y prejuicio. Esto otro es más sencillo. Muchacha hipersensible, desecha ese temor tan dañino. Qué poco llegaste a conocerlo. La verdad es que no me extraña, si ni siquiera le diste la oportunidad de salir a tomar un café contigo. ¿Crees que en un rato de conversaciones interrumpidas en una biblioteca, un día sí y seis no, se puede llegar a conocer a un hombre? En el corazón de Adolfo no hay el menor lugar para el rencor hacia nadie. Si él sintiera rechazo hacia ti, como tú

temes, aunque fuese en un mínimo porcentaje de la actitud que tú tuviste para con él en el día de la cena, ¿crees que él hubiera venido a la revisión de la novela contigo?

—Quizás no.

—¿Qué hubieras hecho tú esa noche, de estar en su lugar?

—Salgo corriendo. ¿Qué dijo él cuando le informaste?

—Quizás no logres imaginar lo que me costó convencerlo.

—¿Él no quería? —preguntó Selene.

—Tranquila, yo no he dicho eso. Adolfo no se negó en ningún momento. Lo que él no entendía era por qué quería yo que tú lo acompañaras. Me costó un poco hacer que aceptara mis argumentos. Tuve que darle mis razones e inventarme alguna otra. Me sentí un poco... extraña, porque nunca antes le he mentado. Bueno, considero que esto ha sido tan solo un pequeño engaño sin mala intención ni consecuencias. Tan solo te puedo decir que si tú estas confundida, él lo está mucho más, y si tú tienes temor..., el que tiene él es mucho mayor.

—¿Por qué?

—Eso, querida Selene, será lo que tú tendrás que averiguar durante el viaje, si acaso te interesa averiguarlo. Por tu tranquilidad y por la de él, yo espero que lo hagas y que lo logres pronto. Si no te has dado cuenta te informo que los dos sois iguales.

—No tenemos nada igual —dijo Selene.

—Eso lo dirás tú, pero no es lo que yo veo. Más parecidos no podríais haber nacido. ¿Sabes de qué signo es él?

—Sí.

—Entonces comprenderás lo que a esas personas, particularmente a un ser altamente sensible como él, les aflige hacer algo mal. Sobre todo si es algo que consideran que no fue justo; como para que, además, vengan a recriminarles acremente refregándoles la herida. Ya no te digo cuando ni siquiera saben qué fue lo que hicieron mal, pero que están convencidos de que son ellos quienes lo ocasionaron.

—¿Él te dijo eso?

—No con esas palabras. Selene, la herida que tiene Adolfo es muy grande y no cierra ni deja de sangrar. No vayas tú, sumida en tu propia confusión y sentimientos de culpa, de mujer ofendida o de lo que sea, a refregársela con reproches de sal recordando algo ingrato, que es mejor hacer a un lado y tratar de olvidar. Los reproches no solucionan esto porque os haréis daño mutuamente sin llegar a nada, y no os daréis cuenta de que queréis hacer las paces. Selene, recuerda que si tú te conviertes en lo que anhelas ser tendrás todo lo demás. Ya te lo dije.



El día miércoles en la mañana, Selene había salido a realizar unas diligencias. Llegó cerca del medio día y entró en la oficina de Adriana. La encontró llorando con la cabeza sobre el escritorio y un documento en la mano.

—Lo lamento, disculpa; regreso en otro momento.

Selene fue a devolverse para salir y Adriana le dijo:

—No, está bien, pasa. —Adriana dejó el papel sobre la mesa y se limpió las lágrimas—. Menos mal que no me puse rímel.

Selene había quedado de pie frente al escritorio y le preguntó:

—¿Alguna mala noticia?

—Sí, en cierta forma lo es. Estaba leyendo este testamento.

—¿Ha muerto algún familiar?

—No, gracias a Dios que no se me ha muerto nadie. Esta es una copia que me han dejado a título informativo, porque le incumbe a la editorial, a mí y a otra persona más. Quien testó no ha muerto y pido a Dios que viva muchísimos años más.

—Te ha conmovido bastante, por lo que noto.

Adriana terminó de secarse las lágrimas y dijo:

—Sí. Jamás imagine que pudiera darse algo como lo que aquí estipula esta persona. Eso quiere decir que yo no la conozco tanto como pensaba. Bueno, tampoco pretendía conocerla tan a fondo; en eso no me engañé. Mi concepto de la humanidad



mejora mucho con esto. Si por una sola persona justa se podían haber salvado Sodoma y Gomorra, por esta se salva todo un continente.

—Entonces no está tan mal.

Adriana se levantó, rodeó el escritorio, se acercó a Selene, le dio un abrazo, y le dijo:

—Ya puesta a reconocer situaciones, unas cosas llevan a otras y... En fin: me he dado cuenta también de que a ti tampoco te conozco lo bien que yo creía. Ha de haber en ti muchísimo más de lo que dejas ver, y tiene que ser tu parte más luminosa y hermosa. Yo no he sabido ver lo suficiente en tu corazón y en tu alma, pero hay quien sí lo ha hecho con toda profundidad. ¿Qué querías decirme?

—Es sobre las reservas del crucero y lo demás. Las veces que yo he viajado me encargué de hacerlo todo a través de Internet. Me salía más económico y podía buscar los mejores precios. Lo único fue con el crucero, precisamente, que lo reservé a través de una agencia de viajes porque me ofrecía ciertas seguridades y ventajas. También con el viaje a Marruecos, porque la agencia que elegí tiene sucursales allí, y eso es una gran ayuda a la hora de un problema en el exterior.

—Selene, tú tienes libertad de elegir la forma que consideres más idónea para realizar eso. No te pongas a escatimar en comisiones de agencias, que son poca cosa, ni a rascar un euro aquí y dos allá; no vais a ir de mochileros. Procura obtener de la agencia las máximas seguridades en caso de eventualidades, e incluye un buen seguro de viajes y de asistencia y cancelación. Ahora tengo que irme, mañana hablamos sobre eso. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Entonces, mañana en la mañana iré directo a la agencia de viajes, antes de venir. ¿Te parece?

—Sí. Estas cosas hay que hacerlas con tiempo. Nos vemos.





## CAPÍTULO 6

### Una peculiar agencia de viajes

Un gran letrero en la fachada del establecimiento anunciaba el nombre en español y en una preciosa caligrafía árabe: *Agencia de viajes La Menara*.

El amplio local estaba montado con bastante buen gusto, con una decoración en colores de sobrios y elegantes rojos con predominio de cereza, y los infaltables carteles de viajes y destinos. Los siete escritorios estaban atendidos por cuatro mujeres y tres hombres ocupados con clientes. En uno, un empleado atendía a un matrimonio, ella con la cabeza cubierta con velo. En otro, una empleada estaba atendiendo a dos mujeres, también con aspecto de musulmanas, que llevaban dos niños.

Selene se sentó en la sala de espera. Poco después entró un matrimonio con tres niños. Al poco lo hizo una enojada mujer con un largo abrigo de piel, quien también se sentó a esperar.

Unos minutos más tarde se desocupó una de las empleadas al fondo. Selene fue hacia allá con su mejor sonrisa por delante, como acostumbraba, y saludó:

—Buenos días.

—Buenos días, ¿en qué podemos servirla?

—Quiero hacer un largo crucero por el Mediterráneo en mayo y luego un viaje a Marrakech.

—Tome asiento, por favor.

En ese preciso momento se abrió una puerta cercana y salió una mujer con unos papeles en la mano. Andaría sobre los

treinta años, de largo y frondoso cabello castaño claro y ojos azules, que vestía un elegante traje sastre de color perla. Encontrarse con la sonriente Selene de pie casi frente a ella, pegar un grito, dejar caer los papeles, llevarse la mano derecha al corazón y paralizarse, fue una misma cosa.

La empleada que iba a atender a Selene se levantó apresurada de su silla, y preguntó en árabe marroquí.

—¿Qué ocurre, te sucede algo? —La otra tenía los ojos clavados en Selene, imposibilitada de apartarlos—. Dalila, ¿qué es lo que te pasa?

Ella se fue recuperando a medida que el color regresaba a su rostro. Logró responderle, también en marroquí:

—No ha sido nada, tranquila; gracias, ya estoy bien.

Uno de los hombres se le acercó también y le preguntó en la misma lengua:

—¿Qué es, Dalila, qué te ha pasado? ¿Por qué gritaste?

Ella, señalando a Selene que no estaba clara de lo que sucedía, le respondió:

—Ella.

El hombre se fijó ahora en Selene, su cara cambió al mayor asombro y dijo:

—Alá bendito y alabado. ¿Será posible que sea ella?

Selene le dijo a la mujer:

—Lamento si he sido yo la causante de tu sobresalto.

La otra dijo, ahora en español:

—No te preocupes. Es que... Es que te pareces muchísimo a..., a una persona muy entrañable para nosotros. Tú y ella sois..., sois dos gotas de agua del mismo vaso. ¿A qué debemos el inmenso honor de tu visita?

La empleada que había comenzado a atender a Selene le informó:

—Ella me decía que quiere hacer un crucero durante el mes de mayo y luego viajar a Marrakech.

—¿A Marrakech? —Dalila juntó las palmas de las manos frente a la boca y dijo, otra vez en árabe—: Alá glorioso y misericordioso. Entonces sí que es ella, tiene que serlo.

—¿Qué dices?

—Yo la atenderé.

—Como quieras. Yo recojo esto —dijo la otra.

Dalila señaló la puerta por la que había salido, sobre la que un letrero indicaba que era la gerencia y, de nuevo en español, le dijo a Selene:

—¿Quieres pasar a la oficina, por favor?

Selene se dirigió hacia allá. El hombre le preguntó a Dalila:

—¿Seguro que ya estás bien?

—Sí, tío Mohamed, gracias, yo lo manejo. —Entró y le dijo a Selene—: Toma asiento, por favor.

—Gracias.

La otra se sentó tras un ordenado escritorio con bastantes papeles, revistas, una pantalla plana de ordenador y un teclado, y se presentó:

—Mi nombre es Dalila Benkarim.

—Yo soy Selene Zamorano.

—¿Selene? En la mitología griega clásica, si mal no recuerdo, ¿ella no fue la diosa lunar hija de dos Titanes, cuyo equivalente romano era la diosa Luna?

—Sí. También se utiliza como significado de diosa de la luna.

—Un nombre astrológico también, que curioso. Es hermoso y muy poco usual. ¿Puedo saber los motivos por los que te lo pusieron? Si acaso hubo alguno en particular —dijo Dalila.

—Fue porque nací unos minutos pasada la media noche, en plenilunio con ella en ascensión y cercana al zenit, y yo era muy blanca. Mi padre quiso ponerme Luna, pero como se usa más como apellido, a mamá le pareció mucho mejor el de Selene.

—Tu piel todavía tiene un blanco muy hermoso.

—Y yo no tengo el menor interés en cambiarlo.

—Selene. Ese nombre lo he escuchado una sola vez más y fue en Sudamérica. Así que por ahí ya vas gritando lo única que eres. ¿En qué podemos tener el placer de servirte?

—Quiero hacer un crucero que hay de treinta y dos días, que sale de Barcelona a inicios de mayo por el Mediterráneo y el mar Negro y que ya tengo visto. Luego de que finalice viajaré a Marrakech —dijo Selene.

—Ese crucero me parece una excelente elección.

—¿Lo conoces?

—Por supuesto. Mare Maris Cruises Line es la única con un viaje de tal duración, en esa ruta y en un buque de esa clase. ¿Y eso de seguir luego para Marrakech después de tal periplo náutico? ¿Piensas quedar insatisfecha de conocer ciudades?

—De ninguna manera, todo lo contrario. No sé bien por qué es lo de Marrakech; lo eligió él. Yo ya la conozco, él no.

—De modo que ya has estado allí y vas a repetir. ¿Te gustó la ciudad? —le preguntó Dalila.

—Sí, me pareció encantadora. Por mi afán explorador me di unas perdidas deliciosas en solitario, dejándome llevar al capricho por el Gran Zoco y todas sus calles adyacentes.

—¿Tú sola por aquel laberinto cubierto?

—Precisamente por el hecho de estar cubierto resultaba adecuado para escapar del sol —aclaró Selene.

—Eso es verdad. Lo decía porque hay muchas mujeres a quienes les resulta intimidante. Pues eso me indica que eres audaz y muy atrevida y nada remilgosa. ¿No tuviste ningún inconveniente con los hombres, y con los que se ofrecen a enseñarte esto y lo otro y llevarte acá y allá?

—No, para nada. Ni siquiera supieron que yo era turista.

—¿Cómo fue eso?

—Casi en cuanto llegué fui a que me pintaran las manos y los pies con aleña. Fue algo a lo que no me pude resistir, y me coloqué una ajorca en el tobillo izquierdo.

—¿Te gustan?

—¡Huy, me fascinan las ajorcas! Adoro llevarlas flojas y escuchar su tintineo.

—¿Cuántas?

—Me gusta usar tres aros de oro y dos de plata de distinto diámetro para que suenen bien.

Dalila parpadeó varias veces con rapidez y le preguntó:

—Si te gustan cuatro y que tintineen, ¿por qué no usaste más de uno?

—Porque eso no era conveniente para ir yo sola por la calle y mucho menos llamando la atención en el zoco. Lo hago en casa nada más. No sé de dónde me vendrá eso, porque ni en mi familia ni entre mis conocidos han usado ajorcas nunca.

—A mí también me parecen muy bellas. En mi familia las usamos todas las mujeres desde niñas.

—¿Sí? Qué hermoso. Las niñas se ven preciosas con un par de ellas. Pues, para seguir contándote, luego de eso compré una fresca chilaba, me la eché encima, me cubrí el cabello un poco, y nadie me miró —dijo Selene.

—Fue muy inteligente de tu parte. ¿Y qué tal la comida?

—¡Huy! Me di unos gustazos deliciosos. En aquella oportunidad iba en plan económico. En la calle Bani Marine, que sale de la plaza Jemaa el-Fna por los lados de la oficina de correos, encontré un restaurante sin muchas pretensiones y con aire familiar, que estaba frecuentado por la gente local. Eso ya me daba una idea de que la comida era buena y a buen precio. Si mal no recuerdo se llamaba El Bahja.

—Sí, ese es el nombre y sigue allí —dijo Dalila.

—¿Lo conoces?

—Claro, yo soy de Marrakech y también como allí cuando, al igual tú, me da por meterme unas perdidas por las callecitas de la medina y el zoco rebuscando en las tiendas.

—¿Te gusta hacerlo?

—Selene, ese es un placer muy infantil que yo tengo. Ningún moderno centro comercial me produce la peculiar satisfacción que me da el zoco. A mi hija y a mis sobrinas les apasiona más que ninguna otra cosa.

—¿Qué edad tiene tu hija?

—Amina tiene siete años y tengo también a Imad de trece.

—¿Vas sola con ellos en esas expediciones?

—¡Qué va! Ni mi padre ni mi esposo me dejarían hacerlo. Esas exploraciones suelo hacerlas con mi hermana y algunas de mis primas y cuñadas y las niñas. En ocasiones llevamos también a los varones; ellos lo disfrutaban igualmente.

—Pues ese restaurante fue mi salvación porque tenía muy buena comida y excelentes precios, comparados con los precios tan estrambóticos de los locales más turísticos. Las cenas las hice en los quioscos de comida que montan al atardecer en la plaza Jemaa el-Fna.

—Cómo evadirse a eso que es casi un embrujo, ¿no es así?

—Eso me pareció a mí. ¿Tú también comes allí?

—¿Qué te crees? Ni mis hijos ni mis sobrinos nos lo perdonarían si no lo hacemos. Para ellos es como a los niños aquí ir al McDonald —dijo Dalila.

—La plaza se vuelve muy agradable al final de la tarde y en la noche con la brisa fresca. El resto del día es un solarío permanente e insufrible.

—¿Visitaste los Jardines de la Menara?

—Sí, por supuesto. No hubo unos jardines que no visitara.

—¿Qué te parecieron esos?

—Absolutamente deliciosos. Estuve allí durante horas. Fui un día para ver el amanecer y otro para contemplar el atardecer. Es subyugante la manera en que el palacete se refleja en el enorme estanque. Ahora que, como ser humano y como mujer, lo que me desagradó profundamente fue conocer el cruel y macabro uso que se le llegó a dar a esa laguna —dijo Selene.



—Te entiendo. Si hacemos caso a las historias, serían muchas las doncellas que allí murieron ahogadas al amanecer, pagando con sus hermosas vidas por una noche de amoríos con el sultán. Esperemos que se traten de leyendas. ¿Cómo llegaste a esta agencia de viajes? ¿Alguien te refirió a nosotros?

—Yo ya la conocía de Madrid. Con vosotros fue que hice allí los arreglos para ese viaje por Marruecos, hace unos cinco años. Me llamó la atención el nombre. Averigüé un poco y vi que tenáis agencias en las principales ciudades españolas, así como una basta red en Europa y sobre todo en Marruecos. Eso me daba una buena seguridad adicional. Tuve una buena experiencia con vosotros, por eso estoy aquí de nuevo.

—Muchísimas gracias por el voto de confianza y celebro tu satisfacción. Quiere decir que estamos haciéndolo bien. ¿Me permites preguntarte qué fue lo que te llamó la atención del nombre? ¿Acaso una asociación con los Jardines de la Menara?

—No, porque en aquel momento no los conocía —aclaró Selene—. Los descubrí luego, al buscar los destinos recomendados en Marrakech. Fue que eso de la menara me evocó algo muy grato. No sé lo que habrá sido y todavía me resulta muy íntimo y placentero.

—¿En qué sentido?

—Es como... No lo sé. De alguna forma me conmueve ese nombre. Es... como si lo conociera de algo muy hermoso asociado con flores, agua, risas, canciones y estrellas.

Dalila sonrió parpadeando otra vez con rapidez. Le preguntó:

—¿Te apetece un té con menta o prefieres un café?

—El té estará bien, gracias, ya que tienes ahí la tetera.



Dalila sirvió una taza para Selene y otra para ella, luego dijo:

—Por lo que creí entender, me pareció que hay un él y esta vez no harás un viaje en solitario.

—No, esta vez no.

—¿Vas con tu esposo?

—No estoy casada.

—¿Podrías permitirme tu DNI para sacarle una fotocopia? Es para los datos que necesitaré y para enviar a la naviera al momento de hacer las reservas del crucero.

Selene se lo entregó. Dalila lo colocó en la fotocopidora, luego lo observó y comentó antes de devolvérselo:

—Selene Catalina. También el Catalina. Es una bella combinación. Bien, por ahora me sirve con esto. Me faltarían las fotocopias del DNI de tu acompañante y la de los pasaportes.

—Sí, lo sé. Si quieres los puedo escanear y te los envío por email, en el transcurso de la mañana o en la tarde a más tardar.

—Me parece bien. ¿Me indicas el nombre de tu acompañante, por favor?

—Adolfo Monterrubio Narganes.

Dalila escribió el nombre y preguntó:

—¿Adolfo Monterrubio? ¿Acaso será el escritor?

—Sí, ¿lo conoces?

—Sé bien quién es, aunque no lo conozco. Ya me gustaría. Él no coloca sus fotos en la contraportada de los libros.

—¿Has leído sus novelas?

—¿Quién no? ¿Es tu novio?

—No.

—Si vas a viajar con él... ¿Eres su secretaria?

—Él... Yo trabajo para la editorial que le ha publicado la última novela. Le estoy traduciendo al árabe la segunda parte.

—¡Ah, qué bien, dominas la lengua! Qué interesante. En ese caso no me extraña nada que en Marrakech hayas pasado por una marrakechí más. Tienes un buen aire. ¿Si te hago una pregunta sobre la novela me la responderás?

Dalila lo preguntó con una pícara sonrisa y hablando ahora en árabe marroquí. Selene dijo, siguiendo en la misma lengua:

—Eso dependerá de la pregunta.

—¿Qué pasa con la madre y la hermana de ella?

Selene soltó la carcajada y dijo:

—Eso es algo que no te puedo decir.

—¿No puedes o no debes?

—Ambas. En primer lugar, no te lo diría ni aunque lo supiera, porque no debo. En segundo lugar, todavía no lo sé porque no me han pasado esa parte. Él no la ha terminado de escribir.

Dalila dijo:

—En realidad no me esperaba que me lo dijeras. Viviré mi intriga y aguantaré hasta que salga el libro. Tienes una risa hermosa. Es cristalina y dulce como tu voz. Cada vez me recuerdas más a ella. ¿Te gusta cantar?

—En mi habitación y en el baño —dijo Selene.

—Conque en la habitación y en el baño. Nuestra gran abuela cantaba siempre que se bañaba, y también mientras cepillaba su largo cabello del dorado color del trigo maduro bajo el sol, bastante parecido al tuyo. De ella es que nos viene a todos el gusto por la música y el canto. A mí me encanta la ópera. Veamos entonces lo que tienes en mente, dime.



Selene le explicó todo lo referente al crucero y la otra fue tomando notas y consultando el ordenador. Con respecto a lo de Marrakech, le dijo:

—En cuanto al alojamiento, mira que fue una selección difícil. Lo resumí en nueve posibles, que son estos. —Le entregó una lista—. Le pasé a Adolfo cuatro en la ciudad y cinco en el Palmeral. El Riad Noir d'Ivoire fue mi elección personal en la medina. Adolfo descartó por ahora los del Palmeral, dijo que le habían gustado, aunque quizás para después, porque ahora quería alojamiento dentro o cerca de la ciudad.

—¿Después de qué? —preguntó Dalila.

—Eso no me lo aclaró.

—¿Por qué razón elegiste el Riad Noir d'Ivoire?

—Ya lo conocía de haberlo visitado. No me dieron ninguna pista de lo que Adolfo quería. Solamente me dijeron que buscara los riads que a mí me gustaran más, y que no me fijara en el precio porque era irrelevante. Te imaginarás en qué lío me encontré. Dentro de los hospedajes que le pasé, de lo poco que hablé por teléfono con Adolfo me dijo que había considerado Les Jardins De La Koutoubia, debido a las áreas verdes y a su emplazamiento tan conveniente. Pero los colores tan pálidos y neutros no lo convencían. Que luego, al observar una de las suites, se encontró con un gran cuadro que recreaba una venta de esclavas. Me dijo que eso fue suficiente para provocarle rechazo. Adriana me explicó luego que Adolfo no soporta esa idea ni siquiera en una pintura, por más arte que sea.

—Es muy interesante saberlo. Quiere decir que es muy sensible y tiene un alto concepto de las mujeres —dijo Dalila.

—Sí, lo tiene; eso no se lo voy a negar. Él terminó eligiendo el Riad Noir d'Ivoire que yo marqué como mi preferido.

—¿Fue el que más le gustó a él también o fue para complacerte a ti?

Selene se quedó dudando y dijo:

—No me había paseado por esa posibilidad. Él no me dio ninguna explicación sobre sus motivos para elegirlo. Lo que fue a mí, la vez que lo visité me fascinó la arquitectura de ese riad, la decoración, el mobiliario y el colorido que han logrado. Me encanta la larga piscina interior de color verdoso. Me trae sentimientos muy bellos. Aunque no tiene por completo lo que yo desearía para que estuviera perfecta.

—¿Y qué le faltaría para estar perfecta para ti? —le preguntó Dalila.

—Que fuera una larga piscina que se iniciara dentro de mi gran habitación y saliese afuera, a un jardín interior de ensueño con altas palmeras, un gran olivo centenario, hermosos y verdes platanales de dorados frutos; naranjos, grandes macizos de rosas

fragantes y flores diversas que suelten sus dulces aromas durante la noche. Y una pequeña pileta octogonal en el medio del jardín. Yo podré sentarme en el brocal y mirarme en el espejo que forma el agua. En la noche, el cielo se reflejará en su superficie y contemplaré las estrellas en ella. Será un mirador astronómico, a la vez que un faro que desde la tierra alumbre hacia el firmamento llevando la luz de nuestro amor.

Dalila estaba seria escuchándola, quizás un tanto inquieta ahora. Le preguntó:

—Selene, ¿dónde has visto ese *rawdā* interior?

—En bellos sueños repetitivos. Es mi refugio.

—Ya, en sueños. Elegiste un lugar muy hermoso para refugiarte. ¿Alguna habitación en particular del Noir d'Ivoire?

—Preferiblemente la Grand Master Suite Panthère o en su defecto la Master Suite Zèbre.

Dalila revisó el hotel a través de Internet, ubicó ambas habitaciones y dijo:

—Sí, se ven muy bien las dos. Yo también me inclino más por la Suite Panthère. ¿Qué fue lo que a ti te gustó de ella?

—¡Huy, todo! Es el colorido y el mobiliario que yo adoro para una habitación de esas. ¿No es digna de una reina? Sería el sueño de una diva, de una gran cantante de ópera. Aunque le falta algo también.

—¿Qué le faltaría para que fuese la perfección para ti? Quizás le pueda transmitir la idea a los dueños del riad.

Selene le explicó:

—A la bañera le faltan columnas como las tiene la de la Master Suite Zèbre, pero que sostengan una cúpula de cristal traslúcido con la forma de la del Taj Mahal. Las columnas tienen que ser de mármol y la bañera circular, también en mármol y con embutidos de madreperla y pan de oro. Que no quede casi escondida al final del cuarto de baño, sino en todo el centro y bien iluminada por un hermoso tragaluz.

Dalila se había vuelto a poner seria, esta vez su inquietud fue mayor y tuvo necesidad de tomar unos tragos de té.

—¿Dónde has visto con tal riqueza de detalles todo eso tan hermoso, Selene?

—No lo sé, no tengo la menor idea. Supongo que habrá sido de tantas fotografías como he mirado, no solo ahora, sino hace años cuando iba a hacer mi viaje a Marrakech. Aunque ya no descarto que haya sido en sueños como el jardín.

—Por cierto. La vez que estuviste allí ¿visitaste el Jardín Majorelle? Como dijiste que los visitaste todos.

—Sí, claro que lo hice; no podía dejarlo pasar.

—¿Qué te atrajo, que fue la residencia de Ives Saint-Laurent?

—No, fue simplemente por conocer esos jardines que son tan mentados —dijo Selene.

—¿Qué te parecieron?

—Muy hermosos, eso no tiene discusión. Aunque para mi gusto particular sobaban unos cuantos cactus. Me encantó el pasillo apergolado con las columnas azules y la vegetación. Yo lo hubiera preferido bastante más largo. Uno que desde la entrada llevase hasta la misma puerta de la casa, como en mis sueños. Que estuviese lleno de vegetación y de flores por los lados y por arriba, entre la que se filtra el sol. Con bancos por aquí y allá para sentarme a vigilar a los niños correr en el enorme jardín delantero, deleitarme con los colores de las flores y los cambios de las hojas a lo largo del año. Sería un túnel de vegetación y de luz tan largo que pareciera llevar al infinito.

—Un túnel de luz al infinito —repitió Dalia—. ¿Los bancos son para sentarte a solas? ¿O serán para hacerlo con tu amado agarrados de manos?

—Sí, precisamente, tocar el violín y cantarnos nuestro amor. Es otro sentimiento de esos tan extraños que tengo. Yo no sé qué habré vivido de niña que no recuerdo con claridad y ahora mezclo con fantasías y sueños hermosos.

—Sí, quizás haya sido eso —dijo Dalila.

—Me gustaron las zonas de Gueliz y de Hivernage; son preciosas para vivir. Sin embargo, lo que me impresionó fue la zona del Palmeral. Me sucedieron algunas cosas extrañas.

—¿Qué debo de entender por cosas extrañas? ¿Se te apareció Lawrence de Arabia montado en su dromedario?

—No, chica —dijo Selene riendo.

—Menos mal, porque si no el pobre andaba algo extraviado.

—Fue que tuve unos fuertes *déjà vu*. El primero fue cuando visité El Palmeral y observaba asombrada aquellas villas tan espectaculares. Algunas de ellas son verdaderos palacios.

—¿Por qué fue ese *déjà vu* allí?

—¡Porque yo conocía aquello, Dalila, yo lo conocía!

—¿No sería por haberlo visto en fotografías?

—No, porque yo no lo recordaba con tantas villas, hoteles y campos de golf que hay ahora. Ni siquiera con casas, sino con un palacio rodeado por un muro. El palacio más hermoso del mundo, tan grande como una *kashbah*. ¿Puedes creerlo, Dalila? Qué locura.

—Sí, puedo creerlo de ti. Ha de ser una mansión muy hermosa la que tienes en tu mente. ¿Hiciste el recorrido en calesa?

—No. Mira tú, esa fue otra cosa curiosa. Con lo que a mí me gustan los caballos y las calesas. En todas las ciudades en que me las encuentro suelo alquilarlas para pasear. Allí no pude.

—¿No pudiste? ¿Con todas las que hay disponibles en la plaza de Foucauld, entre Jemaa el-Fna y la Mezquita Koutoubia?

—No fue por falta de ellas. Fue que me entró tristeza y no pude. Sentí que aquellas calesas no eran para ir yo sola, sino que tenía que ser con él.

—¿Quién es ese él que extrañas de tal manera?

—No lo sé, Dalila, no lo sé. Ha de ser ese príncipe azul del tono correcto y con caballo blanco incluido. El hombre que no encuentro para entregarle mi corazón junto con mi alma.

—Ya. Dijiste que fueron varios *déjà vu*.

—Sí, en distintos lugares de la ciudad. La visión más curiosa y que me resultó más impactante fue en la visita que le hice a Dar Kaftán. ¿La conoces?

—Por supuesto, he comprado ropa en ella. ¿Qué te ocurrió?  
Selene explicó:

—Explorando calles me di de bruces con ella y quedé embobada ante los escaparates. Entré, por supuesto, y me puse a mirar los caftanes expuestos. Eran piezas bellísimas, maravillas de la alta costura, casi insuperables. ¡Los adoro!

Dalila sonrió por la vehemencia que Selene puso.

—¿Tanto así?

—Dalila, si no fueran tan costosos coleccionaría caftanes y takchitas. En el recorrido por la tienda entré en una sala. En ella tenían un grupo de maniqués con caftanes, en un lado los de hombre y en el otro los de mujer. Los estaban preparando para una exposición que harían en un hotel. Tuve la visión y me dio no sé qué en aquella sala. Fue una baja de tensión violenta que me nubló la vista. Tuve que sentarme a llorar durante un rato. Qué sentimiento tan hermoso a la vez que desolador y triste.

—¿Por qué?

—Porque fue como si ya hubiera vivido aquello. En la visión que tuve contemple una gran habitación similar y que me vestía con aquellos caftanes tan preciosos. Y estaba él, Dalila, siempre estaba él que me miraba embelesado con todo el amor del mundo en los ojos. Él me cantaba mientras los niños reían y correteaban de aquí para allá, con las hembras tintineando sus dos ajorcas. Había tanto amor, tanto.

Dalila la escuchaba con una gran tristeza y haciendo verdaderos esfuerzos por que no le salieran las lágrimas. Selene estuvo un momento en silencio con la cabeza baja, envuelta en aquellos recuerdos, por lo que no se dio cuenta.

Se recuperó y sonrió. Dalila dijo:



—Son unas visiones profundamente cargadas de sentimientos muy hermosos.

—Todas lo son. Ese fue mi breve viaje a Marrakech. Fotografías traje muchas, recuerdos traje muchos más. Me costó tener que marcharme, pero tenía que regresar al trabajo. Antes de abordar el avión en el aeropuerto me hice el propósito de llegar a ser muy rica, una millonaria.

—¿Eso para qué?

—Para regresar, comprarme una villa en El Palmeral y quedarme a vivir allí. Menos mal que fue tan solo un propósito y no una promesa, porque volveré a Marrakech sin ser millonaria para comprármela. Bueno, esta vez iré acompañada por un millonario, que ya es algo, aunque no sea mi esposo ni nada. Creo que el deseo me falló un poco, quizás no lo expresé bien.

Mohamed abrió la puerta de la oficina y le hizo una seña a Dalila. Esta le dijo a Selene:

—Discúlpame un momento, por favor.

Dalila salió de la oficina.





## CAPÍTULO 7

### Un deseo y una enseñanza oculta

Dalila regresó poco después, se sentó de nuevo en su sillón tras del escritorio y dijo:

—Discúlpame por haber interrumpido nuestra conversación.

—Descuida, son cosas del trabajo, no pretendo acapararte. Me parece que estoy hablando demasiado.

—No, de ninguna manera, no pienses eso, Selene. Muchas gracias por compartir conmigo esas hermosas experiencias que tuviste en Marrakech. Sobre lo último que me has dicho, quizás aquella vez tú no te planteaste de la manera correcta el deseo.

—¿No? ¿Cómo tendría que haber sido?

—¿Has leído el cuento de «Aladino y la lámpara maravillosa».

—Sí, por supuesto, el original, y el de «Alí Babá y los cuarenta ladrones», «Simbad», «El ladrón de Bagdad» y todos los de *Las mil y una noches*. «Los cuatro peregrinos», «Las tres rejas» y tantos otros cuentos de origen árabe y persa. El cuento de «Kalila wa Dimna» lo leí en árabe y fue toda una delicia. En una biblioteca en Jordania logré encontrar una versión en árabe de «Alf Layla» con las narraciones originales. Me atraen mucho esos cuentos. De niña me encantaba lo exótico de esos países y ciudades lejanas y llenas de misterios. —Selene rio y dijo—: Mi mamá me dice que desde muy niña me fascinaba vestirme de odalisca. Que me pasaba todo el día con unos pantalones bombachitos, un chaleco que ella me hizo en satén rosa y un velito cubriéndome la cara. Que yo le preguntaba:

*Mami, cuándo fue que vivimos en aquella gran casa que tenía muchas palmeras de dátiles junto al desierto.*

»Ella decía que nosotros nunca vivimos en una casa grande, mucho menos en ningún desierto ni con palmeras. Yo le decía que sí, que cerca de la casa había un campamento con pozo de agua, y pasaban los hombres llevando los camellos cargados; que por qué no volvíamos. —Se rio de nuevo—. Qué locura de niñez. Yo siempre he sentido que vivo en dos mundos: uno, el ideal, ese que está en mi mente; el otro es este, el imperfecto.

Selene volvió a quedar con la cabeza baja sumida en sus recuerdos. Dalila le dijo:

—El cuento de Aladino encierra unas enseñanzas ocultas.

—¿Sí? ¿Cuál son?

—Una es la de llevar al lector a reflexionar sobre cuáles serían los deseos que él pediría. Otra es el secreto del saber formular un deseo. Cuando llegas a entender ambas situaciones, probablemente llegues a la comprensión de que con un solo deseo es suficiente. Es por eso por lo que algunos cuentos de genios maravillosos, que viven en lámparas de aceite o que son liberados de algún encierro, conceden un único deseo como recompensa.

—Qué interesante. Pensaré sobre ello —dijo Selene.

—Tú formulaste mal tu objetivo-deseo.

—¿Por qué lo formulé mal?

—Porque lo limitaste por completo, que es otra de las enseñanzas ocultas en el cuento de Aladino.

—¿Cómo que lo limité, Dalila.

—Sí, Selene, lo limitaste nada más que al hecho de ser millonaria. Con ello excluiste cualquier otra posibilidad que el destino pudiera tener más adecuada para ti y por eso lo anulaste.

—Pues... ¿De qué manera tuve que haberlo formulado?

—¿Acaso conoces todas las infinitas alternativas que el destino tenga para darte lo que anhelas y mereces? Selene, de la manera en que formulaste el deseo fue como estar abandonada en

el desierto y pedir que aparezca un camello de color rosa, para poder salir de allí. ¿Cualquier otro color no hubiera servido? ¿Y por qué nada más que un camello? ¿Por qué no un caballo o un asno también? Si lo que tú querías era salir, ¿no te parece que no importaba cómo o en qué lo hacías? ¿No podría pasar alguien en un vehículo todoterreno, aterrizar con una avioneta o un gran globo aerostático?

—Dalila, ahora sí que entiendo cuál es el punto. Tienes toda la razón: yo limite mis múltiples posibilidades a un solo hecho concreto, que era el de ser millonaria, y con ello excluí cualquier otra posibilidad, quizás más factible —dijo Selene.

—¿No te parece que tu deseo, en concreto, hubiera sido el de llegar a vivir en una villa del Palmeral? En la villa de tus sueños, para ser más exacta. ¿Acaso no es eso lo que quieres? Dime, ¿es eso lo que anhelas tú?

—Sí, eso mismo es. Todavía quisiera poder vivir allí.

—En ese caso, ¿qué importancia tendría que te la compraras tú, te la sacaras en un premio, te la regalaran, dejaran en herencia o fuera la del hombre que llegara a ser tu esposo?

—Dalila, jamás me habían enseñado algo tan hermoso como aprender a concretar nuestros sueños y deseos, sin limitarlos. No es parte de ninguna materia en la universidad. Te lo agradezco muchísimo y solamente con esto ya ha merecido la pena venir. Celebro mucho haberte conocido.



Dalila sonrió y dijo:

—Yo también celebro conocerte. Muy bien, ya tengo todo claro y empezaré a realizar los arreglos comenzando por el cruce, a fin de asegurarnos la suite que quieres. Porque no vayas a creer: suele estar bastante demandada y cuatro meses son muy poco tiempo. Suites de la clase Royal Diamond Loft quizás no haya más que una o dos en ese buque, al igual que ocurre con las Owner Suites. También las Gran Dúplex en el Queen Mary

y las similares en otros buques. Luego me ocuparé del hotel para la fecha en que supones que estaréis en Marrakech. En principio serán unas ocho o diez noches. ¿O será más tiempo?

—No sé cuánto tiene él en mente. Creo que unas tres o cuatro semanas, aunque podrían ser más. Ocho noches me parecen bien para concretar la reserva. Eso nos dará margen. Una vez allí, ya veremos lo que Adolfo quiere.

—Me basta con ello. Una pregunta, tan solo por curiosidad: ¿no consideraste como una opción el hotel Royal Mansour Marrakech? No lo tienes en la lista. Está fuera de las murallas de la medina, aunque muy cerca. Caminando son apenas cinco o seis minutos hasta la mezquita de la Koutoubia y la plaza Jemaa el-Fna, que es donde está la acción.

—Y tanta acción. Ese hotel lo estuve viendo tan solo por encima. En parte fue por haber leído primero diversas opiniones que indican que es el más caro de Marrakech, con unas habitaciones que pueden costar más de veinte mil dólares por noche.

—Me dijiste que no te pusieron un límite, que el precio no era un impedimento a tener en cuenta.

—Me pareció muy feo hacerle eso a Adolfo. Dalila, veinte mil dólares son toda una fortuna para mí, y tantos días...

—Es un loable sentimiento que te engrandece. Aunque él era quien iba a elegir al final. De modo que si él optaba por ese hotel, al precio que fuese, era su decisión. ¿No te parece?

—Pues sí, ahora que lo mencionas sí. No lo pensé.

—De todos modos, te diré que esos precios que se mencionan son tan solo puntuales y aislados, nada más que para verdaderas extravagancias y caprichos que, viéndote a ti y por lo que intuyo de Adolfo Monterrubio, no es algo que os vaya.

—¡Ay, no sé por qué fue! Dalila, creo que en parte fue también porque ya estaba cansada de tanto analizar hoteles. Me terminé centrando en los que estaban dentro de la medina y ese no lo miré bien ni lo incluí en el listado que le pasé a Adolfo.

—¿A él le gustan las multitudes o es más dado a la intimidad y tranquilidad?

—Bueno, él me confunde todavía. Es poco lo que yo lo conozco y nunca hemos salido juntos. Por lo que sé ahora, él es dado a estar entre poca gente y sin ruidos, porque uno de los requisitos era que el hotel no tuviera muchas habitaciones. Por eso fue su elección del Noir d'Ivoire que solo tiene nueve. Sin embargo, ya lo ves, y aquí está una de esas aparentes contradicciones con él. Porque en lugar de buscar un buque de crucero mediano, de esos de gran lujo con menos de ochocientos pasajeros, se fue por uno de los grandes con más de cinco mil. Son casi tres veces más que los habitantes de mi pueblo.

Dalila sonrió y le dijo:

—Selene, me dijiste que Adolfo prefiere un buen riad. Dale un vistazo al Royal Mansour, esta vez con calma, y revisa todas las opciones de alojamiento que ofrece. Si leíste su historia, estarás al tanto de que ese complejo fue mandado a construir por el rey de Marruecos, por lo que ya te podrás imaginar algo del lujo que tiene. Cuenta con un restaurante de comida francesa, otro de comida marroquí y otro de cocina mediterránea que, yo te lo puedo asegurar, no le envidian nada a ningunos otros en el mundo. En ese palacio no hay habitaciones ni suites. El complejo está compuesto por cincuenta y tres riads marroquíes tradicionales, como si fueran las residencias de las favoritas y concubinas del sultán, cada una con sus sirvientes y corte completa. No te encontrarás con empleados por ninguna parte, ya que existe toda una red de túneles para los servicios, por lo que la privacidad es total.

—¿Tiene riads adentro? —preguntó Selene.

—Sí, villas separadas, de varios tipos y tamaños. La mayoría son de dos plantas con patio interior incluido, por supuesto, o no serían un riad. Una tercera planta suele ser la terraza, en la que sitúan la pileta, el solario e incluso puede haber una bellísima

jaima beduina como salón. Resulta excelente para los atardeceres y para el amanecer. Esos riads no tienen ningún parecido con suites que, por más grandes que sean y privacidad que tengan, no son sino habitaciones dentro de un edificio. En un riad del Royal Mansour no te enterarás de que estás en un hotel, porque te sentirás en tu propio palacio rodeado de jardines; te lo puedo asegurar.

—¡Ah!, pues ya me has interesado y lo miraré con calma. Es posible que a Adolfo le atraiga porque lo que más desea es un buen riad, aunque no me ha explicado los motivos.

—Hazlo y ya me dirás. De momento, yo espero poder conseguirte la Grand Master Suite Panthère en el Noir d'Ivoire, aunque lamento que no tengan una con la piscina y esa exótica bañera circular que tú sueñas.

—Ese es el problema con los sueños, que nunca podemos cumplirlos tal cual los vemos —dijo Selene.



—Hablas un árabe levantino estupendo y muy culto. Es una delicia conversar contigo.

—Gracias, eres muy amable —dijo Selene.

—Aparte de la universidad, ¿dónde más lo practicaste?

—En Jordania durante un año y en Siria otro más.

—Pues fuiste muy aplicada. ¿Adolfo Monterrubio habla árabe también?

—No, él no y muy poco francés, por eso es que yo voy también como su intérprete cuando estemos en Marruecos.

—Es una lástima. Quisiera pedirte un favor —dijo Dalila.

—Tú dirás.

—Si te dejo una novela que tengo de él aquí en Barcelona ¿podrías conseguir que me la dedique?

—Con sumo gusto se lo pediré. Él no se negará.

—Otra cosa. Nosotros acostumbramos a pedirles una fotografía a nuestros clientes VIP. Es absolutamente privado. Somos



muy celosos en preservar la confidencialidad de datos, y el derecho a la imagen y a la intimidad de nuestros clientes.

—¿Clientes VIP?

—Por el nivel de gasto que tendréis os consideramos unos clientes VIP, muchísimo más tratándose de Adolfo Monterrubio y de ti, que te parece tanto a mi bisabuela. Las fotos las transmitimos nada más que a nuestras agencias en las ciudades adonde llegareis, a fin de que nuestro personal en ellas os pueda identificar sin lugar a dudas. Con eso os prestarán nuestros servicios personalizados desde el aeropuerto hasta el hotel o el buque, y os gestionarán todo lo que sea preciso. Es una medida de seguridad, que evita que a la salida de un aeropuerto o estación haya alguien con un cartelito con vuestros nombres. Hay muchas personas a las que no les gusta esa publicidad.

—Supongo que a las celebridades —dijo Selene.

—A algunas, aunque quienes menos lo desean son los grandes empresarios y figuras políticas. Cualquiera se puede poner con un cartel y tu nombre, pero no cualquiera te identificará sin preguntarte quién eres; al menos a ti.

—Sí, tienes razón. A Adolfo es posible que sí.

—¿Te importaría facilitarme una foto o permitir que te la tome aquí mismo?

—Claro, no tengo ningún inconveniente. Puedes hacerlo.

De un cajón del escritorio, Dalila sacó una pequeña cámara digital y le tomó una fotografía.

—Quizás podrías conseguirme también una foto de Adolfo Monterrubio.

Selene preguntó con picardía:

—¿Una autografiada?

—No aspiro a tanto; aunque a mi hermana le gustaría.

—Yo ignoro si él las tiene. De todos modos su imagen no es ningún secreto oculto. Hay algunas fotos en Internet, de reseñas y de entrevistas que le han hecho. Aunque una que merezca

la pena... Déjame ver un momento en su página Web, que es donde tiene unas pocas, y te muestro. Quizás haya alguna.

Dalila volteó el monitor del ordenador hacia Selene, deslizó el teclado sobre el escritorio y dijo:

—Por favor. Disculpa que sea un teclado en árabe.

—Tranquila, yo tengo uno. —Buscó durante unos momentos y dijo—: Esta foto de él está bastante bien. Es un buen retrato muy actual. Mira.

Selene volteó el monitor de nuevo hacia la otra, que al ver la fotografía a pantalla completa se levantó de la silla como si hubiera pisado una cobra, pálida hasta decir basta. Quedó mirando la pantalla y alternaba la vista entre la fotografía de Adolfo y el rostro de Selene. Poco después se sentó, se pasó las manos por la cara y logró serenarse. Se le escaparon un par de lágrimas que secó con prontitud y bebió unos sorbos de té.

A Selene, la reacción de Dalila le pareció de lo más extraña, tanto como la que había tenido cuando la vio a ella.

—Sí, esta foto nos servirá bien, muy bien —dijo Dalila—. Hoy es el día, definitivamente, hoy es el día de ver cumplidas nuestras esperanzas y recoger las bendiciones. El Gran Genio Maravilloso nos concede nuestro único deseo. Una concordancia sola podía ser casual, las dos juntas no lo son, ya no.

—¿Puedo preguntarte qué te sucede? —dijo Selene.

—Me sorprendió la foto porque, tal como me ocurrió contigo, él también se parece a un hombre a quien quiero mucho —dijo la otra forzando una sonrisa—. Adolfo Monterrubio es un hombre muchísimo más guapo y algo más maduro de lo que yo me lo figuraba.

—Sí, es muy bien parecido y tiene un gran atractivo.

—¿Qué estatura tiene?

—Él es como unos dos o tres dedos más alto que yo, andará sobre el metro setenta y cinco —dijo Selene.

—¿Qué edad es que tiene?

—Cincuenta y cuatro, dieciséis más que yo.

Dalila ahora puso una sonrisita y preguntó:

—¿Sacaste la cuenta exacta?

—Es que... Sí.

—¿Me permites una pregunta un tanto... personal?

—Dime —dijo Selene.

—¿Tú lo acompañarás como su secretaria privada nada más? O debiera decir como su asistente, traductora e intérprete.

Algo captó Dalila en la expresión de Selene, porque sonrió antes de que ella respondiera.

—Sí, nada más que como eso. Adriana, la directora editorial ejecutiva, fue quien me lo pidió.

—Gracias. Pues ahora que sé que no voy a competir contigo, pienso que es una lástima que yo ya esté casada. —Ahora sonrieron las dos—. Has de sentirte dichosa de conocer a un hombre tan creativo. Sobre todo, de poder ir juntos en un viaje de placer tan interesante como el que queréis hacer, supongo yo. Ha de ser una delicia conversar con él.

—Bueno, sí que lo es. Yo espero poder disfrutar plenamente de este viaje. No me importaría que me incluyeran en ese tiempo los quince días de vacaciones que me tocan en el verano.



Dalila sirvió nuevas tazas de té, acto que le permitió el tiempo suficiente para darle vueltas a algunas ideas.

—Se me está ocurriendo que...

—¡Hum! Con esa sonrisa que tienes no sé si tengo que preocuparme por algo.

Dalila se rio y dijo:

—Tranquila, Selene, que estás en buenas manos, en las mejores que podrías encontrar, te lo aseguro. Este es el día que yo he estado esperando durante toda mi vida. Y para que veas que también es tu día de suerte, ¿qué te parecería si te encuentro en Marrakech lo que tú tienes exactamente en ese peculiar sentir?

—¿A qué te refieres?

—A los grandes jardines que buscas, con ese largo pasillo de entrada cubierto de flores y de hojas hasta el infinito y más allá. Al jardín y esa gran habitación hecha para toda una diva.

—¿Con la bañera circular con columnas en mármol y techo de cristal debajo del tragaluz?

—Con ella y con la larga piscina con columnata que sale a un jardín de ensueño. En el centro habrá una pileta octogonal en la que la luna se contempla la cara durante las noches, mientras canta arias tan bellas que hacen bajar a los ángeles del cielo para escucharlas mejor.

—¡Eso, eso fue lo que yo vi exactamente! ¡Esa es la *menara* que yo aprecié en mi visión! ¡Uf! Dalila, si lo consigues es porque eres un hada con todo y varita mágica. ¿Tú haces realidad todos los sueños?

—No importa si los hago realidad. Lo importante es que podría concederte el tuyo. ¿No te parece? Aunque lo más importante, en todo esto, es que quizás tú puedas hacer realidad mis sueños y los de toda mi familia. Muy pronto, tú y yo juntas cumpliremos nuestros sueños más profundos y deseados.

—Ahora sí que no te entiendo.

—No te preocupes, Selene, son cosas mías. Es que me gustaría mucho que mi familia te conociera.

—¿Eso por qué?

—Porque eres una persona muy sensible y también mágica y no te has dado cuenta.

—Adriana me dijo eso mismo.

—Selene, personas como tú hay una sola en la tierra y eres tú. Demostrarás lo que muchos piensan que no es posible. Tienes el poder sin igual de hacer que la gente te escuche embobada, y de cambiar para mejor todo aquello que tocas y los lugares a los que llegas. Lo que ocurre es que aún no lo has descubierto.

—Dalila, no serás escritora de novelas fantásticas.

Ella se echó a reír y dijo:

—No, no lo soy. Yo soy una soñadora que, desde muy niña, crecí leyendo esos cuentos que tú también has leído. Solo que a mí me enseñaron a entender sus secretos. Por eso crecí creyendo en milagros y en profecías y persigo un único sueño, porque a uno solo es que he reducido mis deseos más hermosos. Es el mismo sueño que mi familia persigue, porque todos padecemos de este mismo mal tan sumamente bello y esperanzador.

—Dalila, por la manera en que me hablas puedo sentir todo el amor que tienes por tu familia. Ha de ser algo único. Me gustaría poder conocerla alguna vez.

—Gracias, Selene, eres muy amable. Los harás dichosos con tu sola presencia, si aceptas mi invitación.

—Esos sueños como el que tú tienes no se cumplen nunca, lamentablemente —dijo Selene.

—¡Oh, sí, sí que se cumplen!

—¿Sí?

—Sí. El mío ya está comenzando a hacerse realidad, gracias a Alá bendito y su eterna misericordia que premia las esperanzas más hermosas en los corazones humanos. Tan solo él tiene la grandeza para otorgar imposibles.

—Alabado sea si ha sido tan generoso contigo y con tu familia —dijo Selene, cosa que hizo sonreír a Dalila muy agradecida—. Pues si logras conseguirme ese palacio de ensueño para esas vacaciones en Marrakech no te diré que no. Estoy segura de que Adolfo no se opondrá por el cambio, porque no tiene ningún capricho por el Noir d'Ivoire. Estoy comenzando a pensar que él lo eligió porque fue el que a mí me gustó más.

—Perfecto entonces. Haré mi mejor esfuerzo y veré qué logro. —Dalila dudó en lo que iba a decir—. Volviendo sobre los deseos y la manera de formularlos, en este viaje con él ¿estará acaso el único deseo verdadero que tú querrías hacer si se te ofreciera cumplirlo? ¿Has pensado en eso?

Selene esquivó la mirada observando un mapamundi en la pared. Sus manos sobre el regazo se frotaron una contra otra. Regresó su atención a Dalila y le respondió:

—Yo misma tengo miedo de responderme a esa pregunta.

—¿De responderla o de reconocer la respuesta?

—De reconocerla.

Dalila sonrió comprensiva pues era lo que quería verificar, agarró una tarjeta de presentación y dijo:

—Por favor, aquí tienes mi número de móvil, por lo que quieras preguntarme, aclarar o por lo que sea. No dudes ni un instante en llamarme, que para ti estaré disponible durante las veinticuatro horas y será todo un placer atenderte.

—Eres muy amable, Dalila. Aquí está mi teléfono en la editorial. Este que te anoto es el personal —dijo Selene dándole también una tarjeta de presentación—. Puedes llamarme para lo que necesites.

—Gracias. Es muy posible que nos veamos en Marrakech, porque estaré allí para las fechas en que vosotros tenéis planificado ir en junio, y me gustaría invitaros a mi casa.

—¡Ah, qué bien! En ese caso te cogeré la palabra. Será grato encontrarnos y disfrutar un rato juntas. Así me podrás asesorar sobre las mejores tiendas para comprarme algo de ropa marroquí. Me parece que esta vez sí estaré en capacidad de comprar algún caftán de ensueño. Tengo uno que atesoro como lo más hermoso. Hay veces en que me lo pongo para estar en casa y paso todo el día con él. Me hace soñar despierta y fantasear. Fuera de eso, lo uso en muy contadas ocasiones para salir a alguna fiesta especial.

—Selene, será un grato placer para mí servirte de guía y asesora en ese tema. Hace poco abrieron el *Histoire de caftán*.

—No conozco ese museo ni he escuchado de él.

—Tienen caftanes bellísimos. Te llevaré para que los veas, que los disfrutarás.

—De eso estoy segura —dijo Selene.

—También te puedo mostrar los que yo considero que son los caftanes y takchitas más hermosos que hayan sido creados; unas piezas únicas.

—¡Ah, magnífico! Será muy hermoso. ¿Es algún otro museo?  
Dalila dijo:

—Sí, uno privado al que poquísimas personas tienen acceso. Sin embargo, para ti se abrirá con el mayor de los gustos. Son caftanes de mujer y de hombre, que yo y mis hermanos hemos admirado desde que éramos niños y puedo recordar. No han sido mostrados en público desde hace más de ochenta años.

—¿Tantísimo tiempo? ¿Cómo va a ser? En ese caso valoro muchísimo más esa deferencia que tienes conmigo, Dalila. Ya estoy emocionada tan solo con pensarlo. ¿Eres tú la gerente de esta agencia?

—El que está a cargo de ella y que también es el gerente regional es mi tío Mohamed, con el que hablé antes; esta es su oficina. Una de las chicas está enferma y él la está supliendo esta mañana, porque tenemos bastantes clientes por el fin de año.

—Sí, ya vi.

Dalila le aclaró:

—Yo soy la gerente general para Europa. Viajo bastante supervisando nuestras sucursales y llevo dos días aquí. De modo que coincidimos hoy por pura causalidad, aunque vengo bastante a menudo. Barcelona es mi ciudad base en Europa.

—¿Por algún motivo en especial?

—Porque geográficamente me queda muy a mano desde Marrakech para Europa, y porque mi hermano mayor Youssef vive aquí.

—Pues te considero. Te has de meter un palizón con tantos viajes —dijo Selene.

—No creas. Tengo mi avión privado y es muy descansado.

—¡Ah! Eso es otra cosa. ¿Lo pilotas tú misma?

—Por lo general, para entretenerme. Tengo licencia de piloto comercial, aunque llevo a otro piloto más porque muchas veces necesito aprovechar los viajes para dormir, o porque vuelo con clientes.

—Ha de ser muy emocionante pilotar un avión.

—Divertido y emocionante de verdad es pilotar una buena avioneta acrobática o en carreras. Fuera de eso, pilotar un avión tiene sus momentos de emoción al despegar y al aterrizar; lo demás, ya en vuelo nivelado, para mí es un tostón para aguantar. Es como la diferencia entre manejar un auto en la ciudad, por más deportivo que sea, comparado con pilotar un auto de rally o uno de carreras en un circuito. Ya no te digo comparando con manejar un camión o un autobús. Los grandes aviones comerciales son más tostón todavía.

—¿Has pilotado aviones grandes?

—Sí, por eso te lo digo. Con mi avión puedo hacer un viraje cerrado, un fuerte picado temporal, un ascenso a tope para ganar altura con rapidez o cualquier travesura si me apetece, dentro de ciertos límites; ellos no pueden.

—No había pensado en eso —dijo Selene.

—En Marrakech tenemos dos avionetas Extra monomotor acrobáticas biplaza: una 330LX y una 200, que usamos para entrenamiento. Yo suelo volar con mi hermano Youssef, con mi esposo, mi tío Alí Taib o mi prima Jamila, tan solo por pura diversión haciendo toda clase de piruetas sobre lugares apartados.

—¿De verdad? ¿Haces giros, rizados y también eso de volar al revés, cabeza abajo?

—Sí, claro —dijo Dalila.

—Ha de ser emocionantísimo. A mí me llama la atención saber lo que se siente ir en una cabina de vuelo. Porque viajar de pasajero en un avión comercial es como ir en un autocar.

—Sí, te comprendo. Youssef, quien tiene nueve años más que yo, posee licencia comercial también y tiene un pequeño



jet ultraligero muy rápido. Él es el gerente para España de Royal Air Maroc. Sigue soltero y yo suelo quedarme en su casa cuando estoy aquí.

—Tienes unos cuantos familiares aquí, entonces. Bueno, dejo todo en tus manos, Dalila, y quedo en espera de que me confirmes que ha sido posible conseguirme todo lo que quiero.

—Descuida, te llamaré.

—Y si cumples mi sueño te hago una fiesta cuando nos encontremos en Marrakech.

—Selene, no sabrás que te lo he cumplido hasta que no llegues allí, porque no te lo diré antes, a fin de que sea una sorpresa. Lo que puedes tener bien seguro es que será mucho más de lo que has pedido.

—¿Eso por qué?

—Te has encontrado con un genio generoso.

Las dos rieron y Selene dijo:

—Eso me está pareciendo.

—Selene, seré yo quien te haga una fiesta de recibimiento, porque Marrakech es mi ciudad y espero que también sea la tuya, al menos de corazón.

—Caramba, eso ha sido muy lindo. Hasta al gato voy a tener que recomendarle los servicios de esta agencia y tu persona.

—Yo le doy gracias a Alá por haberme traído aquí hoy, para tener la grandísima oportunidad de encontrarte y conocerte. De otra forma es posible que te hubiéramos perdido y mira que te hemos esperado. Él me ha premiado.

Selene quedó dándole vuelta a aquellas palabras, pero no pidió aclaración. Le estrechó la mano que la otra le tendía.

—Muchas gracias, Dalila, eres muy amable. Me has caído muy bien. Si no tienes que marcharte pronto, me gustaría quedar cualquier día de estos para que tomemos algo y conversar.

—Definitivamente, eres todo un amor de mujer. Esa dulzura y esa paz que irradas no son falsas. Simplemente con estar a

tu lado es suficiente para que uno se llene de paz y no quiera dejarte. —Selene frunció el ceño ligeramente y Dalila le preguntó—: ¿Ya te lo han dicho?

—Sí, un par de veces, la misma persona. Solamente ella y ahora tú.

—Yo tenía planificado salir mañana para visitar algunas de nuestras agencias de París, aunque es algo que no me corre ninguna prisa y que puedo hacer muy bien el lunes; tu invitación tiene la prioridad para mí. Me quedaré el fin de semana. ¿Qué te parece mañana en la noche? Es viernes y, además, veintitrés de diciembre; se puede trasnochar.

—Me parece perfecto. Mañana en el día te llamo y acordamos dónde y la hora —dijo Selene.

—Perfecto, siempre que me dejes invitar yo.

—De ninguna manera, yo...

—No, no, por favor; permíteme ese placer —insistió Dalila.

—Vamos a hacer una cosa. Yo invito aquí y tú lo harás en Marrakech, ¿te parece?

—De acuerdo. Si a ti no te importa llevaré a mi hermano Youssef para sacarlo un poco del apartamento, o se meterá a ver el fútbol o el básquet en la tele en lugar de estar buscando una esposa, con los cuarenta y dos años que ya tiene.

—Dalila, no me estarás buscando pareja.

—No, de ninguna manera. Tú eres una mujer que está reservada. ¿Sería posible que llevaras también a Adolfo Monterrubio? Como un favor muy especial. Estoy ansiosa por conocerlo en persona y conversar con él. ¡Huy, mi hermana Yassira se morirá de la envidia! Ella es tres años menor que yo y la lectora más fanática de él. Esta oportunidad era algo que yo no me esperaba y quizás tú me la ofrezcas. Ahora estoy más interesada que nunca.

—En este momento no te puedo prometer nada en ese sentido. Te lo diré mañana para que sepas si llevas todas las novelas que tengas aquí o no.

La otra sonrió muy complacida.

—Me conformo con esa intención tuya. ¿Qué te parecería si el sábado en la mañana salimos a dar un paseo en mi avión?

—¿Me lo estás proponiendo de verdad?

—Por completo. Para que de una vez sepas lo que es ir en el asiento del copiloto.

—¡Huy, sí, sí! ¡Claro que sí, Dalila! Con muchísimo gusto te acompañaré. ¡Huy, qué emoción!

—Eso sí, en él no podremos hacer tirabuzones, barrenas ni volar cabeza abajo.

Selene soltó la carcajada y dijo:

—Eso no importa. No creo estar preparada para tanto.

—Perfecto, dejaremos eso para cuando estemos en Marrakech. ¿Ves que puedo comenzar a hacer realidad algunos de tus sueños?

—Como que sí —dijo Selene.

—¿Cuándo cumples años?

—Los cumplí en septiembre.

—Gracias. Pues quedamos así y nos hablamos mañana.

Dalila la acompañó hasta la puerta de la calle, donde las dos se despidieron ahora con un par de besos.

Selene salió sumamente alegre, aunque iba pensando en qué le habría querido decir la otra con lo de estar reservada. ¿Reservada para quién?

En cuanto ella se fue, Mohamed y Dalila se encerraron en la oficina. Ella llamó por teléfono y dijo:

—¡Los encontré, los encontré!



Fin de los capítulos de vista previa de  
evaluación.

